

EL CORREO DE ULTRAMAR

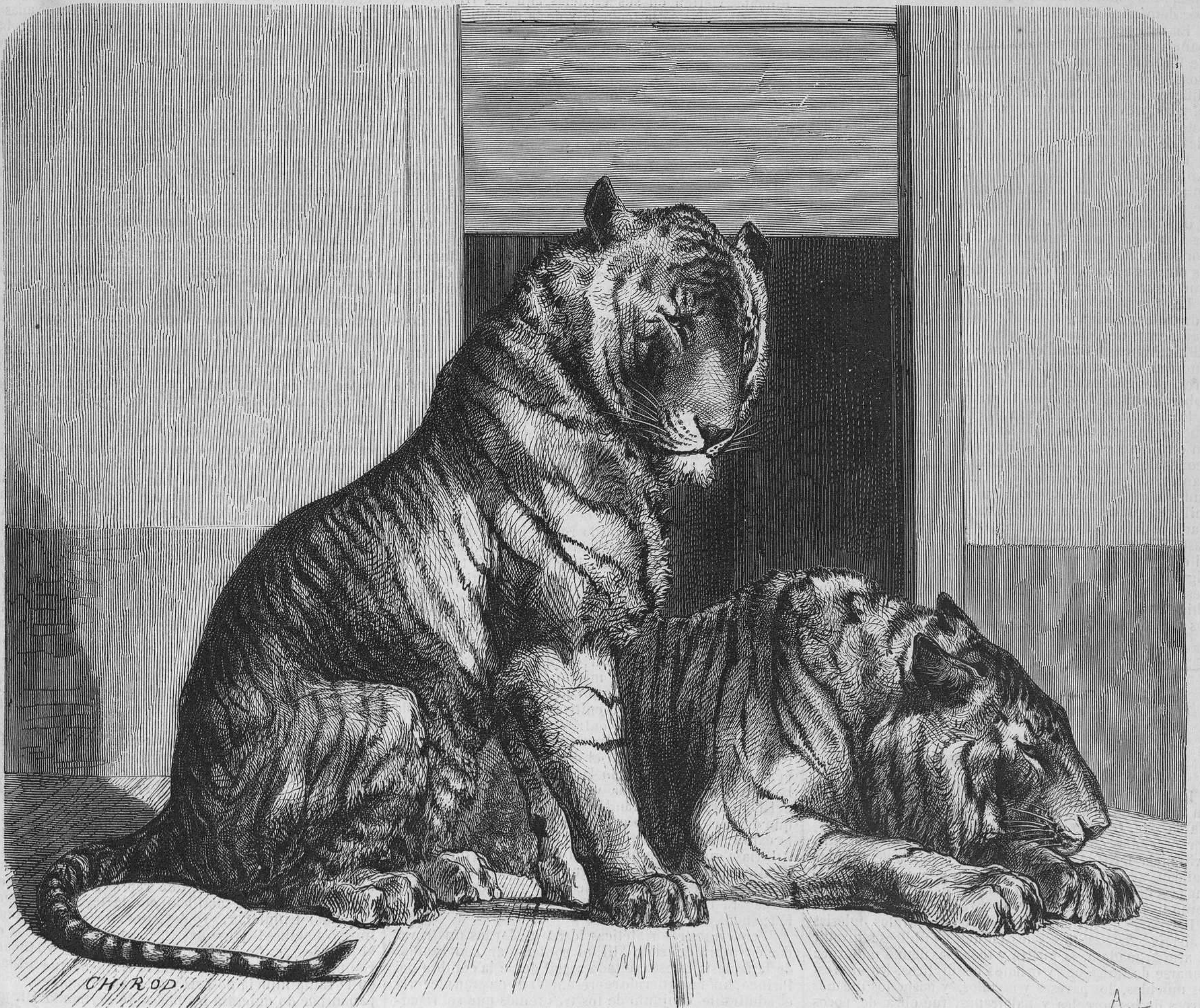
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — Tomo XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 816.



PARIS. — Los nuevos tigres del Jardin de Plantas.

SUMARIO.

Los nuevos tigres del Jardín de Plantas de París; grabado. — La Arquitectura. — Viaje de S. M. la reina de Inglaterra; grabado. — Las fiestas del tiro federal alemán en Viena; grabados. — Revista de París. — El trabajo de los niños y de las mujeres en las fábricas de Inglaterra. — Tipos y trajes austriacos; grabados. — La fábrica de Indret; grabados. — Un huérfano en el mundo. — La bebida entre los romanos. — Incendio de los almacenes de marina en Dunkerque; grabado. — Inauguración de la estatua de Leopoldo I en Amberes; grabado. — Debe y haber. — París; Los suscritores al empréstito de 429 millones en el ministerio de Hacienda; grabado.

Los nuevos tigres del Jardín de Plantas

DE PARIS.

El mayor Swampshaw, que pasa por el cazador más intrépido de la Gran Bretaña, ha hecho en su correspondencia publicada en Londres en 1853, toda una historia natural en acción del tigre, el más bello y noble de los felinos grandes del Asia. En sus excursiones por la doble península india, el mayor tuvo la buena fortuna de ver muchas cosas, y todo lo observó como cazador y como hombre inteligente. El que quiera conocer la vida del tigre en familia, no tiene más que leer la carta dirigida á lord Lyndhurst en 1847, y verá que el tigre es monógamo, que cuando tiene pareja, solo la muerte puede disolver esta unión, y que la muerte deja un pesar bastante agudo en el corazón del que sobrevive, para impedirle durante mucho tiempo el formar otros lazos. Cuando la hembra está preñada, el macho la prodiga incesantes cuidados, que continúan después del parto hasta que ha concluido de criar, esto es, hasta que ha llegado la hora de la emancipación de los hijos. El mayor Swampshaw no olvida nada, y como lo ha observado todo, lo describe todo con una minuciosidad por demás interesante.

En esto pensábamos días pasados cuando nos paseábamos al frente de las jaulas de las fieras en el Jardín de Plantas. Entre los animales recién llegados vimos dos tigres soberbios. A la primera ojeada se nota que difieren sensiblemente de los que nos enviaban hasta hoy las provincias regadas por el Hougly. Verdad es que estos llegan de la Cochinchina, de la nueva colonia asiática de la Francia.

Estos tigres de Cochinchina proceden de un regalo. Antes de la conquista, la fauna de las provincias anamitas era poco conocida de los naturalistas europeos. No se penetraba fácilmente en los valles bajos de Cambodge y de sus afluentes, y algunas cartas de misioneros era casi todo lo que teníamos para formarnos un núcleo de conocimientos, necesariamente muy sumarios. En el día es otra cosa, todo ha cambiado, y con una rapidez tal, que promete mucho para un porvenir próximo.

Los tigres de que nos ocupamos han sido regalados por un comerciante que sabe utilizar para la prosperidad de sus negocios á un crecido número de indígenas. El almirante La Grandiere, gobernador de la colonia, se encargó del transporte á Francia. Estos magníficos tigres, presentados en Tullerías, fueron admirados por el soberano antes de que los llevaran al Jardín de Plantas.

En la actualidad disfrutan del favor de los curiosos que se agolpan delante de su jaula, como se agolpaban en otro tiempo ante la del tigre real ó la de los grandes leones del Sahara. Sus formas á la vez robustas y elegantes, su pelaje leonado y listado de negro, sus actitudes que siempre denotan su fuerza, son objeto de mil comentarios que siempre vienen á parar en que á nadie le daría gusto encontrarse con tales fieras á campo raso. Sin embargo, no piensa así el mayor Swampshaw. Si este señor ó alguno que se le parezca va á pasearse alguna vez por las inmediaciones de Saigon, le pedimos desde ahora que nos escriba sobre los tigres de Cochinchina cartas análogas á las publicadas en Londres sobre los tigres de Bengala.

G. B.

La Arquitectura.

(Continuación.)

La industria francesa emancipada, sube otra vez como en Grecia, en su parte más espiritual y noble, á la categoría de arte. Observad su asombroso desarrollo. Las corporaciones de pintores libres, una vez consignada su existencia legal en el *Libro de los gremios* de Etienne Boileau, adquieren tal expansión, que todos los objetos capaces de recibir la huella plástica del genio se cubren como instantáneamente de pinturas.

Decorarse de brillantes frescos las catedrales, iglesias y abadías, los castillos y los edificios públicos: invadir el arte la madera, la piedra y todas las demás materias: llenarse de imágenes y ornatos los dípticos, los altares, los muebles, los pavese y escudos, y hasta los mismos arreos de los corceles y palafrenes, fué obra de pocos años.

Igual fenómeno se observa en la escultura, subordinada antes al oficio del tallista por la misma disposición puramente simbólica de la estatuaria románica, y dotada ya de personalidad, aunque sin renunciar al modesto nombre de *imaginaria*, al libertarse de la férula monacal con las demás artes sus compañeras. El solo movimiento de cabeza con que denotan su individualismo las preciosas estatuas de Nuestra Señora de París, de la catedral de Amiens, de las portadas laterales de la de Chartres, los apóstoles de la Santa Capilla, y de la fachada occidental de las catedrales de Reims, Auxerre y Lyon, os indica suficientemente que no duerme ya la estatuaria el sueño de la crisálida dentro de la tosca cápsula románica ó de la primorosa envoltura bizantina, como lo durmió en los siglos XI y XII cuando decoraba el tímpano de la catedral de Autun y las abadías de Vézelay y de Moissac.

Ni se limita á estas innovaciones el arte cristiano en Francia en el primer momento de júbilo de su liberación. A las peregrinas formas con que atavian al templo la pintura y la estatuaria, la música añade invenciones también inusitadas: poseído de alegría infantil el arte musical, dicta á Adam de Halle para la iglesia de Arras los singulares *motetes* á tres voces, en que forma el bajo el canto de una antifona ó de un himno con palabras latinas, y las otras dos voces sobrepuestas como las plantas trepadoras á la cavidad de las escocias en las cenefas góticas, entonan, á manera de contrapunto florido, canciones de amor con palabras francesas.

¿Duermen la filosofía y la literatura mientras despierta el arte con tan varoniles alientos? ¿Cómo es posible! No se agolpa ya en verdad la juventud tumultuosa en la Montaña de Santa Genoveva, ni en el espacioso atrio de Nuestra Señora de París, para saturarse de heréticos pensamientos como en los días de Abelardo, de Gilberto de la Porrée y de Hugo de Saint-Victor; no presenciara el siglo otro estremecimiento igual al que produjo el ver fuera de sus arzones en la justa con el amante sacrilego de Eloisa á un paladín del catolicismo como Guillermo de Champeaux; pero reverdecen el lauro ganado contra los que negaban la Trinidad y la Redención por el santo y celoso abad de Claraval, Bernardo; y ve aniquilado el panteísmo de Amaury de Chartres, intérprete infiel de Aristóteles, por la sólida ciencia que á raudales vierten en sus escuelas aquellos tres colosos de la filosofía, de la teología y de la dialéctica, Alberto Magno, Tomás de Aquino y san Buenaventura, que sin ser franceses pertenecen á todo el Occidente por las varias cátedras que ilustraron; como santo Domingo, el obispo de Osma, san Francisco de Asís y san Raimundo de Peñafort le corresponden por otros conceptos.

Una lid fecunda entre los doctores seculares y regulares sostiene en la universidad de Lutecia y en los numerosos colegios del barrio de Saint-Jacques la vida y el movimiento, y las inteligencias ejercitadas en el *trivium* y *quadrivium*, esto es, en la gramática, la retórica y la dialéctica, la música, la aritmética, la geometría y la astronomía; se lanzan seguras á los estudios superiores de las matemáticas, de la medicina, del derecho y de la teología.

¿Ni cómo había de faltar en esas escuelas, aun después de eclipsarse aquellos rutilantes luceros de la filosofía escolástica, quien mantuviese el honor de la razón cristiana, cuando en un horizonte no ya muy lejano vemos acudir á ellas á saciar su sed de doctrinas á hombres como Juan de Salisbury, Rogerio Bacon, Raimundo Lulio, Brunetto Latini y Dante Alighieri?

La heresia provenzal espira: los trovadores laureados en las *córtes de amor* ven mudos anegarse el mágico brillo y el asiático fausto de los palacios de Arlés, Marsella y Tolosa, en los pantanos de sangre de Beziers y Carcasona, como se ahoga el clamor de satánica orgía en el rugido de la tempestad y del incendio.

Espiró también la guerra intestina de los pequeños Estados, y la bandera azul flordelisada de los reyes de Francia emprende el vuelo desde las torres del palacio de la *Cité*, juntamente con la roja oriflama de san Dionisio y con los pendones de los santos patronos de los municipios hasta las inhospitalarias playas tunecinas, llevándose en pos al santo rey, gala de su estirpe y bendición de su pueblo, que va á inmolarse á Africa por la grande y generosa idea de cubrir la vanguardia de la cristiandad, amagada de nuevo por un postrer esfuerzo de todas las naciones y tribus mahometanas.

Tan temeraria parece su empresa, cuyo alcance él solo comprende, que el mismo Sire de Joinville, su historiador y fiel compañero de cautiverio, rehusa esta vez seguirle, y se queda á cultivar y ennoblecer la ruda prosa de Villehardouin, contribuyendo así á valorar la literatura de su patria, en tanto que los troveros del Norte, los que medran en el decoroso trato de la *musa épica* y heróica entonando lais, fábulas y romances caballerescos, en la lengua varonil de la orilla derecha del Loira, preparan también por su parte el desquite que de ellos se promete la poesía francesa después de la extinción de la provenzal.

Diríase que no era posible en la revuelta y turbulenta edad media alcanzar mayor grado de prosperidad y bonanza. Emula sin embargo de la Francia de san Luis en verdadera civilización y cultura era la España de san Fernando.

Si con nuestras sintéticas ideas modernas un trovador ó trovera del siglo XIII, al contemplar con los ojos de la fantasía nuestro estado social desde la cumbre del Pirineo, hubiese querido representar en una gran alegoría el admirable conjunto de los tres reinos que se repartían la Península ibérica, habría sin duda figurado en

un grupo, digno del cincel de Fidias, á Castilla en la apostura decorosa, serena y temible de la Minerva griega, armada con su venablo, rodeada de los emblemas de las ciencias y de las artes, acumulados á sus pies por los genios del Oriente y del Occidente; á su derecha, abrazado á ella, el reino de Aragon, en forma de impetuoso mancebo, que dejando caer el laud barcelonés ó provenzal, su favorito deleite, acude con la diestra al hierro y señala con la siniestra mano á lejanas provincias de allende los mares, adonde se lanzará en breve sediento de aventuras y de gloria; á la derecha de Castilla, el naciente reino lusitano, también impelido por el destino á trasponer los procelosos senos que son espuela á sus épicos bríos, y á intentar en Africa y Asia empresas no menos fecundas que las de Cataluña y Aragon.

El pequeño y alentado reino de Navarra no figura en el grupo: mucho antes de la muerte de san Fernando había pasado á acrecentar las preesas de la Francia, como dote adquirido por un infortunado conde de Champagne.

La marcha grave y mesurada de España en la centuria que contemplamos, es nada menos que una solemne marcha triunfal. Gonzalo de Berceo, que en alas de su mística fantasía, al revelar á los monges de Silos su *Vision de las tres coronas* casi trazó el rumbo á los vuelos del Dante, hubiera quizás podido levantarse á la contemplación de la síntesis histórica de su siglo, y cediendo al gusto ya entonces incipiente de la erudición clásica, comparar al varón triunfal de las Navas con Paulo Emilio, Pompeyo y Tito, consagrándole en estrofas de *cuaderna vía* un poema no inferior á los que dedicó á santo Domingo de Silos y á san Millan de la Culla.

A Berceo no se le ocurrió el hacerlo; pero bien podríamos nosotros imaginarnos que alguno de los grandes poetas del siglo de Don Juan II, en que tanta aceptación lograron los *triumfos* como ejercicio docto de la *musa lírica*, abrazando con una mirada el período que media entre la gran victoria de Muradal y la conquista de Sevilla, hubiese cantado en sonoras coplas de arte mayor el lauro tributado al hijo de Berengueta.

Y con igual licencia podemos suponer, que inspirando esas estrofas el genio de un escultor, encargado de desarrollar en la larga espiral de una columna como la Trajana ese mismo triunfo, tuviéramos eternizadas por el bronce las hazañas de tan portentoso héroe en bajo-relieves que nosotros, humildes glosadores, interpretáremos de la manera siguiente:

Ese primer grupo que á todos precede, ocupando el lugar que en el triunfo mayor romano correspondía al Senado, es la reunión de las aristocracias del Estado, de la Iglesia y de la inteligencia, cuerpo venerado que vela por la conservación de las leyes constitutivas de la nación y dirige su política interior y exterior.

En él figuran el Consejo del rey; prelados como don Raimundo de Segovia, don Juan Arias de Santiago, don Gutierre y don Sancho de Córdoba y Coria; maestros de las órdenes militares, como don Fernando Ordoñez, y el Josué de la milicia de Santiago, don Pelayo Pérez Correa; entre los ricos hombres el almirante Bonifaz, el comendador de Alcañiz, don Rodrigo Gomez Giron, don Gutier Suarez de Meneses, don Ordoño Ordoñez de Asturias, los Ponces, los Haros, los Yañez y los Quixadas; además algunos abades de monasterios y los diputados de las ciudades, que no sin razón aspiran al título de procuradores de las mismas desde que en las Cortes de Leon de 1188, lograron penetrar en el recinto de la representación nacional: medio siglo antes de ser llamados al Parlamento inglés los diputados de los Comunes.

Siguen precedidos de trompas, añafles y atabales, los carros que conducen los valiosos despojos del islamismo vencido. Los objetos más primorosos y delicados son llevados en andas sobre los hombros de la tropa vencedora, como llevan los soldados romanos en los bajo-relieves del arco de Tito la mesa de oro, el candelabro y la demás riqueza arrebatada al templo de Jerusalen. Aquí van acumuladas todas las maravillosas obras de la ciencia y del arte islamita, enseñadas en sus escuelas y academias y confiadas á las voluminosas bibliotecas arábigas de Toledo, Jaen, Córdoba, Sevilla y tantas otras poblaciones: á las lujosas mezquitas, á los suntuosos alcázares, á los palacios y castillos, á las quintas y casas de recreo de los califas, régulos, wazires y magnates hispano-sarracenos; las ricas sederías y perfumes de la Iraca, los tapices de Persia y de Almagreb, las armas de Damasco, los tafletes y guardamecías de Córdoba y Marruecos; y para que no falten en el cortejo triunfal las creaciones de la galana é incomparable arquitectura arábigo-bizantina y mauritana, van en esas andas los modelos de las peregrinas mezquitas y palacios con que se ennoblecieron las capitales de los ume-yas, almoravides y almohades, en las riberas del Tajo y del Guadalquivir.

En el triunfo romano sigue á los despojos la víctima, cuya presencia se anuncia con tropa de flautistas ó *tibicinas*; en el triunfo que describimos sustituye á la flauta antigua la melodiosa *Cantiga*, y al blanco toro ataviado con coronas y guirnalda, una representación más elocuente y pura del sacrificio que la ley del Evangelio exige del triunfador. ¿Qué víctima más acepta que el mismo hombre! ¿Qué sacrificio más grato á Dios que el propio sacrificio! ¿Qué víctimas y qué victimarios comparables á esos ángeles de la caridad, que alistados en la santa milicia de Asís y de santo Domingo, acompañan por do quiera á las haces de Fernando III, para amansar el furor de los combatientes, restañar la fe que

con la ira fluye de las heridas, y conquistar para el cielo las almas de los que sucumben! A las dos sagradas órdenes de predicadores y mendicantes corresponde, pues, el honor de las ínfulas y guirnaldas desde que en el propio sacrificio vinculó Cristo el progreso del mundo!

En pos de la víctima, vienen las armas, los estandartes, las enseñas é ingenios de los vencidos. ¡Qué preciosos museos de arcos de guerra y trofeos militares no formó la infatigable debeladora del Islam, con solo suspender de los pilares y bóvedas de sus templos, no ya los copiosos despojos despues de Calatañazor, las Navas y Sevilla, sino una mínima parte del botín de cada día! ¡Así guardan Tudela y Roncesvalles las cadenas del emir Almunemin; así el Duomo de Siena los trofeos de la batalla del Arbia!

Seguian tras sus despojos, como para hacer mas duro el vencimiento, los reyes, príncipes y generales prisioneros, con sus infelices familias, y detrás los cautivos abrumados de cadenas. Esta parte del triunfo gentilico repugna á la generosa y católica España, cuyos reyes no exultan con el oprobio de los monarcas sojuzgados.

Formando larga hilera á estilo de los antiguos lictores, los oficiales inferiores de la casa y corte del rey de Castilla anuncian la llegada del invicto Fernando III. La carroza que le conduce avanza con lento y mesurado paso estrujando la verde juncia y la olorosa jara, juntamente con las flores que arrojan bajo sus ruedas. Acompañanle sus hijos, hermanos y deudos. Ese príncipe joven y animoso que rige fogoso corcel y lleva pendiente del arzon la llave morisca de la Torre de la Plata, cuya guarda le corresponde como alcaide, es el infante Don Alonso, futuro rey de Castilla y de Leon, que por su leal saber alcanzará el renombre de Sabio.

El pondrá á contribucion la ciencia del mundo entero, sagrada y profana, antigua y moderna, de Oriente y de Occidente, para dotar á su pueblo con las inmortales Leyes de Partida. El funesto empeño de ceñir la corona del sacro imperio le hará perder la paz y el reino, y cuando se vea abandonado de todas sus ciudades á excepcion de la leal Sevilla, prorrumpirá en estas sentidas querellas:

Commo yaz solo el rey de Castiella,
Emperador de Alemanna que foé!...
Aquel que los reyes besauan el pié,
Et reynas pedian limosna en manciella!
Aquel que de hueste mantou en Seviella
Diez mill de á cauallo et tres doble peones!...
Aquel que acatado en lejanas naciones
Foé por sus *Tablas* et por su *cuchiella*!...

El otro personaje que cabalga á su lado ostentando la llave de la Torre del Oro, es el infante Don Alonso de Molina, hermano del rey; egregio por su sangre y su porte, de hermosas y varoniles facciones. Don Jaime I de Aragon, conde de Barcelona y Rosellon, señor de Montpellier y rey en breve de Valencia y Mallorca, sobresale en este grupo por su atlética figura y las vistosas galas con que la cubre; mas sobresaldrá aun en lo futuro como legislador, político y guerrero.

Distínguense tambien los infantes de Aragon, y Don Pedro de Portugal, y el conde Urgel, todos refrenando briosos corceles de guerra. Va al lado de la carroza el caballo de batalla del rey, que lleva hincada en el arzon de la recamada silla la imagen de la Virgen, cuya divina asistencia no le faltó nunca en la pelea. En la diestra de Fernando la temible espada; invisible aureola de santidad rodea su persona. En su frente el beso de Dios; sobre su cabeza, en vez de la corona triunfal que sostenia entre los gentiles el esclavo público, una corona de estrellas que no alcanza á distinguir la vista humana y que le trajo del guarda joyas del cielo un ángel con luengas alas de záfiro.

Los caudillos de todas las milicias por las cuales triunfó la regenerada España en los campos de batalla, en las escuelas de las iglesias, en las cátedras de las universidades, en las cortes y municipios, en los claustros, en los talleres, en los gremios y hasta en el público estadio de las letras, ya eruditas, ya vulgares, guardando el orden con que marchaban los oficiales superiores romanos, legados, tribunos y caballeros; cierran el inmenso cortejo al frente de sus numerosas legiones de guerreros, legistas, escolanos, monges, artífices, artistas, trovadores y juglares de péñola y de boca. Aquí entran al par con los adelantados y merinos mayores, los adalides, almogavares, almocadenes y naucheres, en suma, todos los que mandan gente de mar y tierra, los magistrados municipales que tambien conducen sus mesnadas, y los pendones y estandartes de los concejos y behetrías, confundidos con los de los reyes y señores.

Como es Castilla la nacion mas avanzada en prácticas de libertad municipal, es tambien la que precede á todas en la formacion de su estado llano, y la influencia de este en la política y la milicia es tan visible, como su temprano apoderamiento de la ciencia, del arte y de las industrias. Tambien estas ramas del saber componen sus falanjes. Esos que veis gravemente preocupados en la difícil tarea de concordar á los decretistas con los decretalistas, y que cultivan la ciencia del derecho sin la mezquina rivalidad que envenena á los secuaces de los Azenes y Sicardos, son los doctos juriscultos que ya se aprestan á la grande obra de *Las Partidas*. Sus timbres son sencillamente los de *maestros* y graduados en las universidades palentina y salmantina; sus

títulos de nobleza, sus propios nombres; el maestro Jacobo de las leyes, maestre Nicolás, maestre Fernando, maestre Martin, maestre Juan, etc.

Los que se ejercitan en el arte libre de los Tiodas, Vivianos, Froilacos y Velascos de Viegas, ostentan por timbres las construcciones románicas de Avila y Segovia, Salamanca, Zamora, Leon, Toro, Sabagun, Tarragona, la Calzada, Ciudad-Rodrigo, Tortosa, Poblet, Estella, Sangüesa, de toda la España cristiana anterior al siglo XIII; y aunque fascinados por la nueva escuela de arquitectura que va tomando cuerpo en el Norte de Francia, y algo seducidos por las deslumbradoras cúpulas que levantan los árabes andaluces y los mudejares, todavía oyen con respeto á los maestros de Cluni y del Cister, por el prestigio inherente á un arte que supo generalizarse é imponerse con el mismo imperio que ejerció el arte antiguo romano, y que en el universal desconcierto producido por el derrumbamiento de la colosal creacion de Carlomagno, fué casi la única forma de arquitectura que conoció el Occidente. Esos otros que manejaron su cincel en las catedrales de Santiago y Tarragona, son los escultores Mateo y Bartolomé, formados fuera de los claustros cluniacenses. Los poetas seglares, ya de *clerezía*, ya populares, coetáneos de Borneo y Juan Lorenzo de Astorga, forman tan compacta falange, que apenas podemos detenernos á señalarlos personalmente.

Dos de ellos, Nicolás de los Romances y Domingo Abad de los Romances, acababan de ser honrados con repartimientos de tierras en la reconquista de Sevilla. Los oficios é industrias han sido tambien objeto de la solicitud del santo rey, y los *sederos*, *plateros*, *tratantes de lienzos*, *borceguineros*, etc., quedan constituidos en gremios en la misma opulenta ciudad. Todos estos emancipados, última porcion atropada, confusa y polvorienta de la pomposa ceremonia triunfal, levantan las manos y las voces al cielo blandiendo ramos de laurel y entonando vítores, y celebrando, por fin, como en los triunfos romanos acontecia, no solo las hazañas del varon triunfal, sino tambien y mas principalmente sus propias hazañas. ¡Condicion ingrata de las turbas!

Este es el triunfo de la España de San Fernando. No se dirige desde el campo Marcio al templo de Júpiter Capitolino, pero sí desde todos los campos de sus victorias al deseado término de sus empresas, que es la dominacion de la razonable y fecunda ley del Evangelio. Y aquí termina el bosquejo del estado social é intelectual de esta parte del globo en que parece resistir el cerebro del mundo, desde los primeros albores del siglo XIII.

Hemos entrevisto la constitucion de las diferentes nacionalidades con su idioma y su literatura especiales; y hemos presenciado tambien las tendencias de todas las grandes naciones á la unidad en religion, filosofia, sistema político, legislacion y artes. Pero de seguro habeis observado que en lo que identificados aparecen todos los pueblos de Europa, es en el mas libre ejercicio de la razon: libre, se entiende, en el inmenso campo de su fe; y que las dos manifestaciones mas grandiosas de su madurez intelectual se verifican en el escolasticismo y en la arquitectura.

Las enojosas disputas de *realistas* y *nominalistas* no habian sido infecundas: ellas prepararon el humano entendimiento para que la filosofia aristotélica diese el debido fruto: ellas sirvieron de instrumento para confundir el letal panteísmo de Amaury y convencerle de que toda la filosofia, del Estagaita respira el principio vivificador de la dualidad de sustancia, que es el mayor antagonista de la funesta doctrina de Parménides; y obtenido este triunfo, nada se opuso ya á que las obras de Aristóteles fuesen el cimiento de la doctrina para Alberto Magno, Tomás de Aquino, Escoto y todos los grandes pensadores de aquella época.

« El arte de racionar, dice un filósofo de nuestros días, no llegó jamás á tan alto grado de perfeccion... » ¿A qué debe atribuirse esta gloriosa resurreccion de la filosofia? Cuando la investigacion se detiene delante de un hecho poco importante, que sin embargo ha bastado para trastornar la faz del mundo, se suele confundir la causa necesaria con la accidental. La causa necesaria es el hecho interno que se produce conforme á la ley de los destinos humanos; la causa accidental es el hecho externo que sirve de ocasion á que la ley se manifieste. Diremos, pues, que en el siglo XIII el pensamiento debia tomar el nuevo desarrollo que ha hecho de aquel siglo, tanto en las ciencias como en las artes, la gran época de la edad media, y reconoceremos por otra parte que la lectura de la fisica y de la metafísica de Aristóteles, traducidias y comentadas por los árabes, determinó accidentalmente aquella nueva agitacion de la inteligencia. »

¿Cuál no debió ser la satisfaccion de los últimos escolásticos del siglo XII cuando tuvieron en sus manos aquellas preciosas reliquias, cuya existencia les era desconocida! ¿Cuánto se adelantó desde entonces en la exactitud de las ilaciones, en el hábito de descubrir cualquier defecto que pudiera viciar una induccion! De la escolástica salieron gran copia de axiomas lógicos que han prevalecido en todas las escuelas posteriores, que todavía se reconocen como reglas infalibles de los racionios, y que eran el abecé en el siglo XIII; lo mismo que para el teólogo y el filósofo, para el obrero constructor, para el artista arquitecto, para el estatuario y para el imaginero.

Creemos no haber aventurado una especie indemonstrable al establecer desde un principio cierto paralelo entre la *Suma teológica* y la *Catedral gótica*, presentán-

dolas como las dos mas admirables creaciones del siglo XIII, porque una y otra nos manifiestan que de todas las facultades humanas, la que mas cultivaron los filósofos y los artistas de ese siglo, fué la razon, y que esta fué en sus obras un instrumento de tan delicado temple como se colige de las maravillas que con su ayuda realizaron: maravillas celebradas de todos cuando la razon se ejerció en materia sólida y tangible, y desconocidas de la muchedumbre cuando el campo de su ejercicio fué la metafísica ó la teología.

Viniendo al mundo la arquitectura llamada gótica, ogival y vertical, que con todos estos nombres se la distingue, cuando mas razonadora y lógica aparecia la edad media, fuerza era que no le faltase una causa poderosa para adoptar la maravillosa y esbelta forma que la distingue. ¿Fué la mera idea simbólica del ascetismo que extendia la materia, y en cierto modo tiende á levantarla con su espíritu hasta Dios, la causa de tan notable trasformacion? Locura sería pensarlo: cada pueblo hubiera expresado esa misma idea de un modo diferente. Por otra parte, no es de suponer mayor fervor religioso en los constructores libres que en el siglo XIII salieron de los talleres formados á la sombra de los monasterios, que en los piadosos monges que fueron sus maestros: no podemos imaginarnos que las corporaciones de arquitectos seglares que con el nombre de *fracmasones* se esparcieron en aquella centuria por toda Europa desde sus focos de Strasburgo, Colonia, Viena y Zurich, tuviesen mas amor á Dios y al prójimo, mas humildad, mas abnegacion, mas desprendimiento de las cosas terrenas, que las legiones de benedictinos que civilizaron la Europa en los siglos anteriores.

No habia, no, mas fe en el siglo de san Luis y san Fernando; lo que habia era que la fe aparecia en consorcio mas íntimo con la razon, y que la razon alcanzó un desenvolvimiento cual nunca habia obtenido, por lo cual, cuando llegó la época de que el arte secular, discípulo de las escuelas de la Iglesia, devolviese obsequioso á su maestra la merced que de ella habia recibido, pudo verificarlo preparando para la Iglesia misma la mas espléndida morada que vieron jamás los pueblos evangelizados: no de otra suerte que el hijo piadoso, si es abundado en bienes de fortuna, ofrece á la cariñosa madre que le crió con trabajos é indigencia, una mansion cómoda y placentera donde se regocije de haberle dado el ser.

De tal manera es el arte ogival producto de la razon, que si bien se advierte, el sistema de construccion que en todo él domina no es otra cosa que un verdadero y formal silogismo escolástico: el empuje y el contraresto como premisas, mayor y menor; el equilibrio como consecuencia. Por ser un silogismo mal fraguado la arquitectura de muchos templos del siglo XII, en que se ensayaron los empujes oblicuos sin haber acertado á poner donde convenia los contrarestos, se desplomaron en Alemania, Francia y España multitud de bóvedas románicas de muy insignes iglesias parroquiales y abadías.

(Se continuará.)

Viaje de S. M. la reina de Inglaterra.

La reina de Inglaterra, que viaja de incógnito con el título de la condesa de Kent, salió de Osborne el miércoles 5 de agosto y llegó el mismo día á las seis á Cherburgo, á bordo del *Victoria-and-Albert*. El incógnito hizo que callaran los cañones de los fuertes y los discursos del mundo oficial; pero un telegrama llegado de Plombières á las diez, esperaba á la reina del imperio británico para cumplimentarla á sus primeros pasos en la tierra de Francia.

Es la tercera vez que la reina Victoria viene á Francia, y esta corta visita forma un gran contraste con las dos recepciones espléndidas que se la hicieron en 1838 y 1855. Pero ahora la calma y el reposo son muy necesarios á la reina, por su edad y su estado de salud. La reina Victoria ha cumplido ya cuarenta y nueve años, y por causa de su salud atraviesa la Francia con direccion á Lucerna, donde piensa permanecer una temporada. Sabido es que la muerte del príncipe Alberto produjo en su vida un sacudimiento terrible. Las *Meditaciones religiosas* escritas por la desconsolada viuda, han probado que la soberana ha renunciado desde hace largo tiempo á los esplendores del poder y á las alegrías de este mundo.

El viaje de Cherburgo á Paris y la llegada á esta capital el jueves por la mañana tuvo efecto sin ninguna ceremonia oficial. Unicamente lord Lyons, embajador de Inglaterra, fué al encuentro de su soberana á la estacion del ferro-carril del Oeste y la ofreció la mano para bajar del wagon y para subir al coche de la embajada, y una vez en el hotel de la embajada, la reina Victoria no salió sino para volver á tomar el camino de hierro.

Entre lo que se cuenta sobre las horas que pasó en Paris la augusta viajera, se refiere la anécdota siguiente:

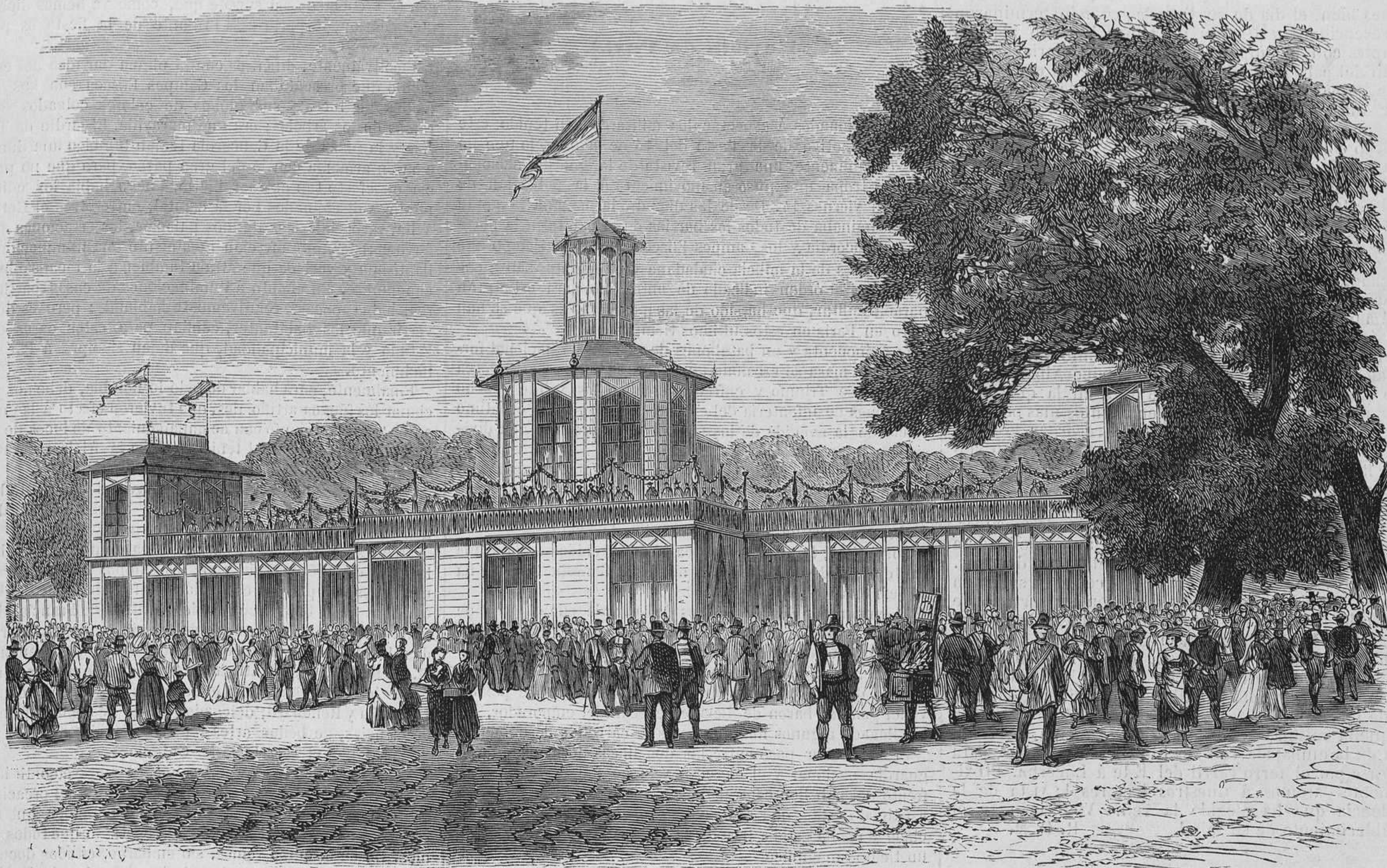
En su viaje anterior á Francia la acompañaba el príncipe Alberto, y se hospedó como ahora en el palacio de la embajada inglesa. Nadie ignora que la reina Victoria ha conservado el mas religioso recuerdo de su esposo, y que se complace en traer á su memoria los incidentes mas insignificantes de su vida pasada.



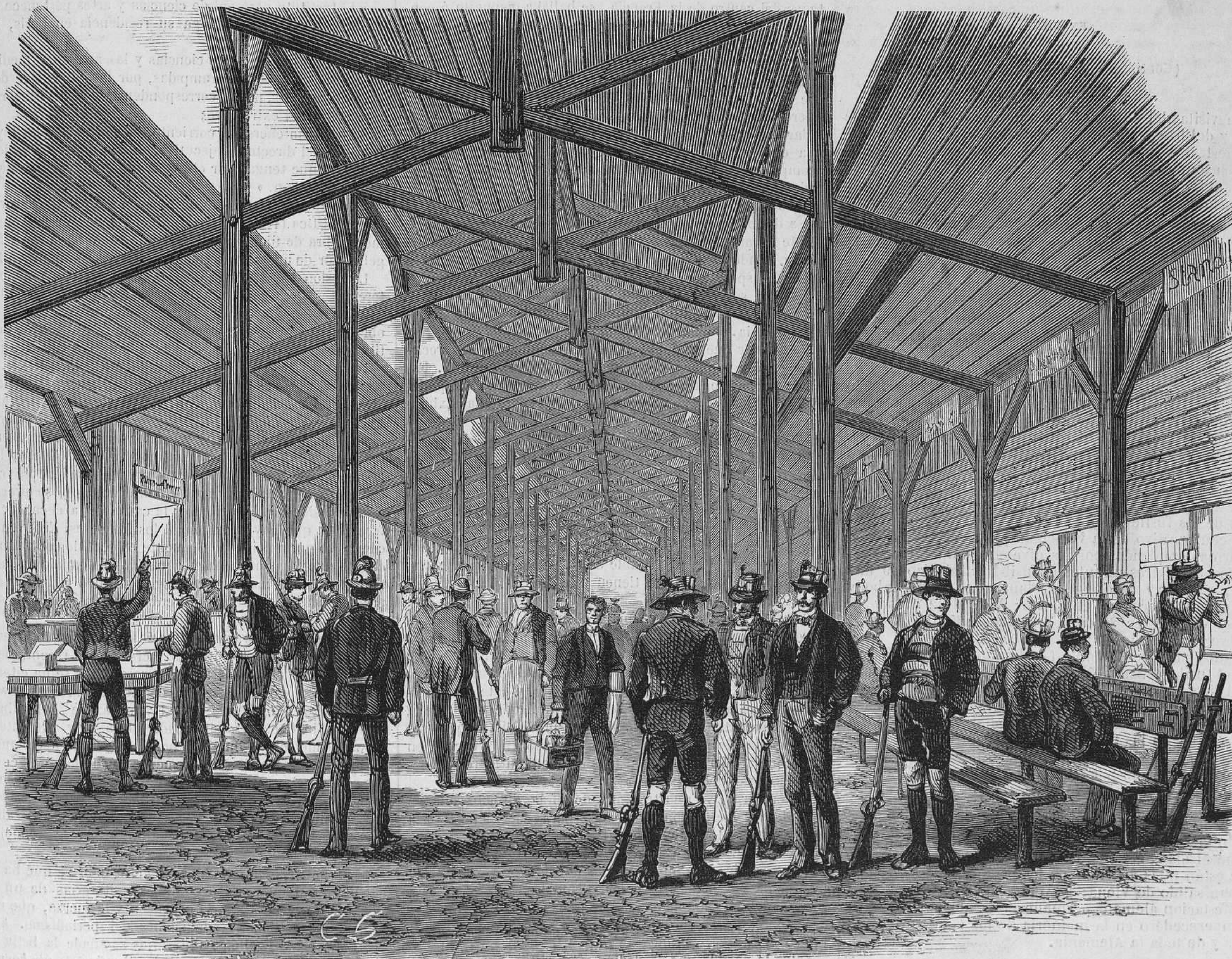
Raymond

H. DUTHEIL. Esc. del. Lit.

Viaje de S. M. la reina de Inglaterra. — La emperatriz recibida por la reina en la embajada inglesa.



EL TIRO FEDERAL ALEMAN EN VIENA. — Pabellon de la exposicion de los premios.



El tiro federal aleman en Viena. — Vista interior de la sala de tiro.

Pues bien, el día de su llegada, cuando terminaron las recepciones y después de haber hablado algunos instantes con la emperatriz, la reina Victoria bajó al jardín del palacio, se paseó silenciosamente por la alameda, se paró delante de un árbol corpulento y mandó traer sillas. Abriendo entonces un libro que llevaba en la mano, empezó á hojearlo, y al llegar á cierta página, leyó con mucha atención. Lord Lyons, que la acompañaba, advirtió que los ojos de su soberana se llenaban de lágrimas. Un minuto después se apoderó de Su Majestad una violenta crisis nerviosa.

Es inútil decir que acudieron al instante, la rodearon y le prodigaron los más solícitos cuidados. La emperatriz, cuando tuvo noticia del accidente, envió uno de sus chambelanes con uno de sus médicos, pero la enferma estaba ya completamente aliviada.

Hé aquí la causa de la crisis nerviosa:

El árbol bajo el cual se había sentado la reina Victoria era un corpulento plátano á cuya sombra había descansado en otro tiempo con el príncipe Alberto, y el libro que había hojeado era una obra en la que están apuntados día por día los acontecimientos más notables de su vida conyugal. La reina quiso recordar los momentos pasados al pie de aquel árbol, pero fué tan violenta la conmoción que le causó el recuerdo, que no pudo resistirla.

Se ha hablado mucho de este incidente, y más de una gran señora al oírlo contar ha derramado lágrimas. Pero debemos añadir que en general tanta fidelidad ha asombrado más que enternecido al bello sexo de París.

La entrevista con la emperatriz fué corta. La soberana llegó de Fontainebleau á las diez con su servicio de honor; la condesa de Montebello, la condesa de Saulcy, madama de Lebreton, el baron de Pierres, M. de Marnesia y el duque de Elchingen. A las tres y media la emperatriz hacia su entrada en la embajada, donde la reina de Inglaterra había salido para recibirla hasta el pie de la escalera.

Aquella misma tarde á las siete y media, la reina salía de la embajada con sus hijos y su comitiva, para dirigirse por el ferro-carril del Este á Lucerna. Próximamente daremos á nuestros lectores la vista de la residencia que ha elegido la reina Victoria para el restablecimiento de su salud.

R. D. M.

Revista de París.

Los aficionados á espectáculos militares han tenido este año, con motivo de la fiesta del 15 de agosto, lo que no hay comunmente, una gran revista de la guardia nacional y de la tropa que puso en movimiento á la población de París el viernes 14. Desde las diez de la mañana la gente se encaminaba de todos los barrios de la capital á la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos, al mismo tiempo que los soldados de la milicia ciudadana y el ejército iban á colocarse en el orden indicado de antemano para esta gran parada militar, que ha sido de las más notables que se han visto en París en estos últimos tiempos.

Los cincuenta y un batallones de la guardia nacional formados en masa se escalonaron desde Tullerías hasta cerca del arco de Triunfo y enfrente estaban los veinte y ocho batallones de infantería del ejército de París. En el último tercio de la avenida de los Campos Eliseos había una división de infantería de la guardia imperial.

Tres escuadrones de la guardia nacional formaban por pelotones en la avenida Josefina; ocho escuadrones de la guardia imperial en la avenida de Jena y doce escuadrones de la caballería de línea en la avenida de Eylau.

Por último, la artillería ocupaba las avenidas de la Reina Hortensia y de Friedland. El mariscal Canrobert mandaba en jefe todas estas tropas.

El emperador llegó á las tres de la tarde con el príncipe imperial á caballo, acompañado por el mariscal Niel, ministro de la Guerra y con un brillante estado mayor de oficiales generales franceses y extranjeros. La emperatriz acompañada de la princesa de Essling, de sus damas de palacio y del general baron de Beville, edecan del emperador, había llegado algunos minutos antes en carreta descubierta.

El emperador pasó entre las dos líneas formadas por la guardia nacional y el ejército, y luego fué á colocarse al frente del pabellon central del palacio de la Industria para asistir al desfile, que se ejecutó con el mejor orden. A las cinco y media estaba terminada esta revista favorecida por un tiempo magnífico.

Llegado el día siguiente, la misma muchedumbre que había asistido á la gran escena militar de los Campos Eliseos, reforzada con el considerable número de forasteros que los ferro-carriles traían sin cesar hasta de los puntos más apartados del centro de la Francia, se hallaba dispuesta á concurrir á los diversos festejos cuyo programa dimos á conocer á nuestros lectores la semana última.

Las puertas de los teatros estaban asediadas desde por la mañana la mayor parte de ellas, y algunas desde la noche anterior. Los habitantes de las cercanías de la Grande Opera y de la Opera Cómica podían dar noticias de tan singular campamento. Cada teatro había puesto en escena una obra notable del repertorio corriente ó del antiguo, acompañada de una cantata laudatoria alusiva á la festividad del 15 de agosto.

Pero aunque los teatros absorben mucha gente, la gran masa de los que acuden á la fiesta, se hallaba principalmente durante el día en la plaza del Trocadero y en la del Trono, donde los espectáculos al aire libre, habían atraído miles de espectadores armados en su mayor parte de paraguas que servían unas veces para su uso natural y otras para quitar el sol que no había perdido nada de su fuerza con la lluvia.

Parece ser que este año el triunfo popular en el Trocadero ha sido para la famosa pantomima militar de M. Fabricio Labrousse. M. Leguevel de La Combe da en el periódico la *Epoque*, algunos detalles curiosos sobre estas exhibiciones.

Un empleado secundario del teatro del Chatelet, M. Lecole, es el que tiene este año la dirección de las pantomimas, lo que le vale la suma de 2,000 francos.

M. Lecole ajusta unas cincuenta personas, esto es, treinta artistas, cinco titiriteros y unos quince tramoyistas.

El personaje principal, que no es otro que el célebre Payaso, cobra 20 francos por hacer gestos todo el día y por recibir un número incalculable de bofetadas y de puntapiés, en tanto que los otros no tienen más de 5 á 15 francos, según su mérito.

« Por tan módica suma, añade el autor de estos pormenores, esos infelices tienen la obligación de ensayar durante quince días sin percibir nada, y tienen que trabajar el 15 de agosto desde las doce hasta las nueve de la noche, representando la misma pieza, al aire libre y ante una multitud que se renueva constantemente. Y lo que prueba toda la desdicha actual de los cómicos de provincia, es que este año más de cien personas se han ofrecido á M. Lecole, en tanto que el año pasado con mucha dificultad logró este señor organizar su compañía. »

Sin embargo, ya que tratamos de cifras, diremos que no se anda por cierto con economías para dar lucimiento á esta fiesta del 15 de agosto. El municipio vota cada año 200,000 francos para estos gastos y el Estado otros 200,000 y según se dice, el emperador ha añadido esta vez 42,700 francos de su bolsillo particular, ejemplo que se ha apresurado á seguir la municipalidad, de cuyo modo la cantidad asciende casi á medio millón de francos. La suma es respetable.

Salvo la partida que se dedica á los pobres, y que es de 80,000 francos, lo principal de ella se consagra á ilumina-

ciones y cohetes; así sucede que, como ya hemos dicho en otra ocasión, la parte más brillante de la fiesta es por la noche.

Efectivamente, difícil es con la pluma dar idea del espectáculo que presentaban los Campos Eliseos con sus guirnaldas de luces y sus globos de colores colgados de las ramas de los árboles; era una maravilla. El jardín de Tullerías y la plaza de la Concordia tenían también una iluminación en armonía con la del gran paseo, pero que no producía un efecto tan extraordinario. Luego había los edificios públicos diseminados por la capital, entre otros el Hotel de Villa, varias iglesias, algunos palacios, las estaciones de los ferro-carriles, que ofrecían igualmente una iluminación brillantísima y variada que atraía también á la incansable muchedumbre. En cuanto á iluminaciones de casas particulares, había pocas, relativamente hablando; pero es de advertir que los habitantes, confían para estos casos en el Estado y la municipalidad, que dejan siempre á París con lucimiento.

Finalmente, para hablar de todo lo notable, debemos mencionar los fuegos artificiales, que tuvieron efecto á las nueve en el Arco de Triunfo con acompañamiento de luces de Bengala. El ramillete final tenía este año la friolera de 20,000 cohetes.

A eso de las once empezó una lluvia de tempestad que puso en dispersión á la multitud, y apresuró el fin de las iluminaciones.

Mientras el viernes 14 de agosto la gente se apiñaba en la plaza de la Concordia y en los Campos Eliseos para ver uniformes, un público escogido se refugiaba lejos del bullicio de la fiesta bajo la cúpula del Instituto de Francia, donde tenía efecto la sesión anual de las cinco Academias reunidas. Presidía esta gran sesión, que es siempre memorable, M. L. Renier, presidente de la Academia de inscripciones y bellas letras, asistido por los señores Villemain, Delaunay, Lehmann y Renouard, delegados de las Academias francesa, de ciencias, de bellas artes y de las ciencias morales y políticas, y por el secretario M. Guigniaut.

Todos los años es costumbre recordar brevemente la historia del Instituto y la idea que presidió á su creación, y esta vez le tocó la tarea al presidente M. Renier, que naturalmente no pudo hacer más que repetir lo que todos sabemos. En su discurso vemos, sin embargo, citados documentos muy curiosos, entre otros la ley del 3 brumario año IV (25 de octubre de 1795), por la cual se fundó el Instituto, cuyo objeto define con tanta claridad en los siguientes términos:

« El Instituto nacional de ciencias y artes pertenece á toda la nación, aunque tenga su residencia en París, y se destina:

» 1º A perfeccionar las ciencias y las artes por medio de investigaciones no interrumpidas, por la publicación de los descubrimientos, por la correspondencia con las corporaciones sabias del extranjero;

» 2º A mantenerse al corriente, con arreglo á las leyes y decretos del directorio ejecutivo, de las obras científicas y literarias que tengan por objeto la utilidad general y la gloria de la nación. »

El presidente proclamó después el laureado del premio de lingüística (1,200 francos), fundado por Volney para la mejor obra de filología comparada, que lo ha sido M. Spiegel, autor de una obra alemana impresa en Leipzig en 1867.

La sesión continuó con diversas lecturas más ó menos interesantes para los profanos á la erudición despojada de todo artificio, como por ejemplo, sobre el prólogo de una obra célebre que se publicó á fines del siglo pasado con el título de la *Biblioteca histórica*; sobre la constitución del universo, sobre el origen del grabado, etc., y después M. Prevost-Paradol trazó en un brillante estudio las relaciones de la política con las letras. Hé aquí un asunto de actualidad que está siendo objeto en el día de una ardiente polémica. « La política es la muerte de la literatura, » ha dicho en estos ú otros términos un señor ministro en el Cuerpo legislativo. Ahora bien, M. Prevost-Paradol, haciéndose cargo del dicho ministerial, aunque indirectamente, se pregunta si la invasión de la política es la causa de la decadencia literaria en que hoy se supone á los franceses. El joven académico se pronuncia resueltamente en sentido contrario; recuerda que la política ha enriquecido el dominio de las letras con obras magnas, y luego entrando á hablar de la prensa, escribe una página verdaderamente notable sobre los periodistas.

« Está en la naturaleza del periodismo, dice M. Prevost-Paradol, suscitar más quejas y crear más resentimientos que la elocuencia deliberativa; pero cuando se ha citado el glorioso seudónimo de Junius, con los nombres de Swift y Bolingbroke en Inglaterra, y en Francia los de Chateaubriand y Benjamin Constant, sin añadir otros muy presentes en todas las memorias, difícil es poner en tela de juicio que sea este un género de literatura que, como todos los géneros, tiene sus reglas, sus modelos y sus obras maestras, aunque en general falte la duración, y esto, porque un periódico, como lo indica la palabra, es sobre todo la cosa del día, y más que á dejar un largo recuerdo, aspira á producir un efecto inmediato. »

» Sin embargo, pregunto confiado á todo el que ha manejado una pluma, si son cualidades literarias de un mérito inferior la claridad, la concisión y la fuerza, que constituyen las verdaderas condiciones del periodismo. Ahora bien, si á estas cualidades literarias se añade la bella condición que Caton imponía al orador llamándole *vir bonus dicendi peritus*, y si se supone un público íntegro, indepen-

Las fiestas del tiro federal alemán

EN VIENA.

(Continuacion. — Véase el N° 815.)

La visita del emperador Francisco II á las salas de tiro y del banquete, excitó más todavía la animación de las fiestas. A su llegada, el semblante del emperador estaba sombrío, y á su salida Francisco II tenía el rostro radiante, y decía en alta voz á los que le rodeaban:

— Me alegro muchísimo haber podido pasar algunos instantes en medio de estos valerosos cazadores alemanes.

Francisco II quiso visitarlo todo. En las galerías de tiro probó sucesivamente la mayor parte de los nuevos fusiles, discutiendo con los oficiales las ventajas é inconvenientes de cada uno de ellos.

En la sala de los banquetes brindó dos veces á la salud de los cazadores y de la Alemania. Al oír esto, el entusiasmo de los cazadores llegó al delirio.

El emperador visitó el pabellon de los premios que se ve representado en uno de mis dibujos. El aspecto de la sala es muy pintoresco. Había más de ochocientos premios, consistiendo la mayor parte de ellos en vasos y jarros de plata de todos modelos, fusiles de honor, escudos, bronce y símbolos patrióticos; había también un águila disecada que tenía en las garras una corona atada con una cadena de ducados.

Hé aquí un documento bastante curioso sobre las ventajas de los fusiles que se han probado, y en el resultado comparativo de la velocidad y precisión de tiro de las armas empleadas por los diversos competidores. En el espacio de tres minutos el fusil Martini hizo 29 disparos y pegó 29 veces en el blanco; el fusil Peabody 30 tiros y 30 veces en el blanco; Wenzl 32 tiros y 18 veces; Winchester 22 tiros y 11 veces; Kruka 43 tiros y 11 veces, Larssen 53 tiros y 21 veces.

Vemos pues que incontestablemente se lleva la ventaja el fusil Peabody. En cuanto al Chassepot, no figuró en el tiro.

Miguel Fessier, de Bregenz (Vorarlberg), fué proclamado rey de la fiesta del tiro nacional de Viena el día 30 de julio. En las tres distintas ocasiones que tiró, había dado sesenta veces en el blanco llamado de la Industria. Ha ganado por lo tanto el premio de la sociedad de los tiradores de Nueva York, que consiste en un piano de Steinmayr, valorado en 4,500 pesos.

El 4 de agosto M. Staub, de Zurich, disparó en un cuarto de hora 120 tiros con un fusil Winchester, dando 104 en el blanco, y recibiendo entusiastas aplausos.

Ya están pues distribuidos los premios, y los cazadores han salido de Viena; pero el recuerdo de esta gran manifestación alemana permanecerá grabado de un modo impercedero en la memoria de los veinte mil cazadores y de toda la Alemania.

P.

diente y de buena fe, ¿no habremos elevado á bastante altura este arte indispensable á las sociedades modernas para darle plenamente el derecho de ciudadanía en las elevadas regiones de la literatura?

» A esto se dirá que rara vez se alcanzan tales condiciones. Ciertamente; pero ¿en cuántos otros géneros literarios la mayor parte de los que los cultivan no llegan á las severas condiciones de su arte?»

M. Prevost-Paradol cita como ejemplo la elocuencia del foro y dice que no hay nada peor que un mal abogado, esto es, un hombre indiferente á lo justo y á lo injusto que defiende todas las causas buenas y malas: mas sin embargo, no por esto el foro decae en la estimación pública. ¿Por qué pues con el mal periodista no sucede lo mismo que con el mal abogado?

«No hay duda, añade al fin de este paralelo, que la voz del periodista es mas estrepitosa, atrae mas la atención y hace mas ruido que cien malos abogados. Mas en cambio, si el escándalo es grande tambien es corto; todas esas hojas apenas han salido de la prensa y ya bajan el rio del tiempo como una ligera espuma; rara vez sobrenadan algunas de ellas que despiertan algun gran recuerdo; lo malo y aun lo mediano desaparecen con rapidez increíble, lo bueno sobrevive poco y únicamente queda lo incomparable.

» Empero, esta multiplicidad y brevedad de las obras del periodismo, suelen servir de argumentos para sostener que al menos en este punto la política ha perjudicado á la literatura. ¿Se quiere decir con esto que los que escriben en los diarios, sin los diarios habrían escrito buenos versos, buenas novelas y buenas comedias? Muy inocente está el periodismo de estos perjuicios intelectuales de que se le acusa: cierto es que con su aparente facilidad seduce á muchos jóvenes que quizás habrían compuesto malos versos, malas comedias ó malas novelas, y en su mayor parte se dedican á ello; pero el caso es que no sofoca en nadie el gran instinto que da el arte de escribir, y en nada amortigua el movimiento interior que impele á producir á los que se sienten dotados de una fecundidad verdadera.»

M. Prevost-Paradol observa con mucho acierto que no falta gente para escribir otra cosa que diarios, como lo prueban cada año las prensas francesas; se dice que les falta el genio; pero ¿por ventura le monopolizan los periódicos? ¡Ay! No merecen semejante cargo.

«M. Viennet, añade en conclusion el académico, habría podido recitarnos alguna bonita fábula sobre esta contienda de los diversos géneros de literatura que se echan en cara esterilidad mútua y amargamente. Verbigracia, habría podido mostrarnos varios arroyuelos miserables corriendo con trabajo por el campo, y achacándose el uno al otro su indigencia. — ¿Quién me ha robado mi agua? diría este: ¿no ha sido mi vecino? — Puedes hablar tú, respondería el otro, cuando me quitas la mia. Y la cuestion podría durar así hasta que la fuente de la que dimanaban todos tomase á su vez la palabra para decirles que una mano poderosa habia reducido por un tiempo dado y para todos la onda misteriosa que les alimenta.»

Otras lecturas hubo despues, pero esta de M. Prevost-Paradol fué la privilegiada, la que constituye, digámoslo así, el principal suceso de la sesion anual de las cinco Academias reunidas.

Ahora falta el informe relativo á los premios de virtud, que será leído en una sesion próxima: oportunamente daremos conocimiento de él á nuestros lectores.

Pasemos á los teatros.

En el del Gimnasio hemos tenido esta semana la primera representacion de una comedia en cinco actos, titulada *Fanny Lear*, y escrita por los señores Enrique Meilhac y Ludovico Halevy.

Quizás recuerda el lector de estas revistas un hecho escandaloso que conmovió grandemente la atención pública.

Una mujer como hay tantas en las calles de Paris, ha logrado reunir una fortuna á costa de su honra y su vergüenza, y aspirando á ennoblecerse se casa con un anciano marqués que ha llevado una vida de aventuras ruidosas, y que viéndose arruinado y al borde de la tumba vende su nombre por los millones de aquella impúdica mujer.

La parentela de la nueva marquesa, sumida en una miseria profunda por su conducta desordenada, reclama su parte en la fortuna, y aquí empiezan los procesos escandalosos que dan á conocer á tan desdichada familia.

El desenlace final no se hizo esperar mucho; el marqués cubierto de oprobio, falleció en una miserable vivienda, separado de su mujer, y esta desapareció de Paris, donde no habia en círculo alguno puesto para ella.

De todo esto hablamos á su tiempo, y si hoy lo recordamos es para decir que el argumento de la nueva comedia está basado en este hecho. La idea no ha sido feliz, pues no porque un hecho de la vida real ocupe la atención pública, ha de interesar en el teatro, y este de que se trata aquí, aunque disfrazado y lleno de incidentes inventados para darle un valor teatral de que en sí se halla exento, lejos de interesar repugna sobremanera. Así es que el éxito de esta comedia no ha sido grande, á pesar del talento con que está escrita y de la perfeccion de la ejecucion, sobre todo por parte de la protagonista, madama Pasca, una de las notabilidades del Gimnasio.

MARIANO URRABIETA.

El trabajo de los niños y de las mujeres

EN LAS FÁBRICAS DE INGLATERRA.

La cuestion del trabajo de los niños en las fábricas preocupa vivamente á cuantos se interesan en la mejora intelectual y moral de las masas, así como á todos cuantos desean que se procure no abusar de las fuerzas físicas de los niños hijos de las familias de los obreros.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto las medidas que, con el objeto de mejorar la suerte de los niños y de las mujeres empleados en los diversos ramos de la industria manufacturera en Inglaterra, se han puesto hace poco tiempo en estudio en la Cámara de los comunes de aquella nacion.

Ocupándose de las medidas que deben regular el trabajo en las fábricas, el ministro del Interior ha presentado á la Cámara de los comunes una serie de disposiciones concernientes á esta materia, contenidas en dos proyectos de ley. El primero que se titula, traducido al pié de la letra: «Bill para el desarrollo de las disposiciones benéficas de los *factory acts* y su aplicacion á las demás industrias, presentadas en el informe de los comisarios reales acerca de la cuestion del trabajo de los niños,» será conocido en adelante, y una vez habrá recibido la sancion que la ha de hacer ley del Estado con la denominacion genérica de *factory acts extension act*. El segundo titulado: «Bill para la mejor reglamentacion, con arreglo á la base de estas disposiciones, de los talleres (*workshops*) en que los niños y las mujeres están empleados en grande escala,» tomará, al ser ley, el título de *workshop's act*.

Ambos proyectos llevan pues el objeto de hacer llegar los beneficios de los *factory acts*, á todos los ramos de la industria del reino unido indistintamente. Su objeto, segun las mismas palabras del ministro, será: 1º El procurar, bajo el punto de vista de la higiene pública, la salud de las personas empleadas en las fábricas (*factories*). 2º El obligar á los dueños de los establecimientos á tomar las precauciones necesarias en el empleo de máquinas peligrosas. 3º El adoptar el sistema de lo que comunmente se llama *half-time*, ó medio jornal, para con los niños menores de trece años, á fin de obligarles en el tiempo que les queda libre á ir á la escuela, á la vez que podrán ganar un salario por su trabajo; y 4º El limitar á diez horas y media por dia el trabajo de los jóvenes y de las mujeres, tomando ordinariamente estas horas del espacio que media entre las seis de la mañana é igual hora de la tarde procurando que lo intermedien. La palabra *ordinariamente* indica que ha sido preciso hacer algunas excepciones, tomando en consideracion las exigencias de ciertas industrias especiales.

Fácil es de comprender la suma importancia de las proyectadas reformas, si se considera que han de dar por resultado la modificacion de la condicion moral, intelectual é higiénica de cerca de un millon y cuatrocientas mil mujeres y niños. Al analizar las cifras que dan este total, se viene asimismo en conocimiento de las localidades á las cuales alcanzarán con mas ó menos extension estas reformas. Este análisis nos dice á la vez que la fabricacion de blondas, artículos de punto, tejidos de paja, y dos ó tres otros artículos similares ocupan 320,000 brazos. La de artículos de vestir, que casi es exclusiva de las mujeres, emplea 850,000. Las industrias metalúrgicas de los condados de Staffordshire y de Worcester ocupan 91,129. La manipulacion del tabaco, del papel, del vidrio y algunos otros similares, comprende 72,000. La imprenta, encuadernacion y objetos de escritorio, 18,250. El resto está repartido entre varias industrias de menos importancia.

La gran dificultad que desde el primer momento se presentaba para plantear estas reformas, consistia en encontrar el medio para hacerlas llegar hasta los últimos escondrijos en donde hormiguean las existencias que con ellas se quiere proteger. Para salvarla, se ha dividido la poblacion obrera en dos clases, lo cual nos da la razon de haberse presentado dos bills diferentes en lugar de una sola medida general que parece era lo mas natural. Así es que se ha querido someter la primera clase, á las prescripciones de los *factory acts* en toda su extension, y para la segunda se ha adoptado esa legislacion mixta que debe satisfacer á todas las exigencias especiales de esta múltiple categoria. En la primera están comprendidos todos los establecimientos que ocupan mas de cien obreros sean del sexo y edad que fueren, y naturalmente en la segunda van comprendidos todos los demás.

El primer bill señala detalladamente y por su nombre, las industrias á que ha de aplicarse, además de las fábricas (*factories*) que ocupan un número de obreros mayor de ciento. La palabra *factorie* que está usada en general, da á entender en este caso, todo local en cuyo recinto está establecida una fabricacion, sea la que quiera, y comprende además, y en términos expresos, los altos hornos, fundiciones y talleres en que se trabaja el cobre, el hierro y el laton; todos los establecimientos en que el agua, el vapor ó cualquier otro motor mecánico sirve para poner en accion el material (esta es la primitiva definicion, y á la que ha de atenerse); todos los talleres en que se manipulan toda clase de metales, la gutta-percha, el caucho, el papel, el vidrio, el tabaco, en fin, todas las industrias que no estaban señaladas en las leyes fabriles (*factory acts*) anteriores, y en las demás disposiciones legales publicadas hasta ahora

para reglamentar el empleo de las mujeres y de los niños en ciertas industrias que carecian de nombre propio.

La tendencia de la nueva ley es, por lo tanto, la de asimilar las industrias comprendidas en la anterior nomenclatura, y que hasta hoy en dia habian sido enteramente libres, á las demás industrias reglamentadas. Sin embargo, esta asimilacion no será completa, pues se autorizan algunas excepciones siempre en ventaja de los que trata de proteger, y para ciertos casos especiales. Por ejemplo, ningun muchacho menor de diez y ocho años, y ninguna mujer sea de la edad que fuere, podrán trabajar el domingo en los altos hornos. Ninguna obrera ni ningun niño menor de doce años, podrán ser empleados en ninguna de las secciones de la fabricacion vitrera, en las que se hace la fusion y la coccion del vidrio; ningun niño podrá ser empleado en la muela, en las industrias metalúrgicas, y otro gran número de excepciones semejantes, tendiendo todas á apartar á estos débiles seres de aquellas ocupaciones que exigen mucho vigor y robustez excepcional, que no continuamos en gracia de la brevedad.

La segunda ley, el *workshop's regulation act*, es el complemento de la primera. Se dirige á alcanzar con sus preceptos á aquellas industrias no previstas en el primitivo bill que se dió con el objeto de resguardar la salud é intereses morales de los niños y de las mujeres, y que no han sido tampoco comprendidas por los *factory acts*, y por fin, todas las industrias que, además de las precitadas, ocupan un personal menor de cien individuos en un mismo local. Se dirige especialmente á alcanzar con su proteccion á todos los talleres reducidos y el trabajo comun hecho á domicilio.

Tales son los dos proyectos de ley presentados á la Cámara de los comunes de Inglaterra, y en los cuales se descubre el espíritu práctico que distingue á los ingleses en todas las disposiciones encaminadas al mejor régimen interior de su pais. En este punto es preciso convenir en que llevan una inmensa ventaja á las demás naciones del continente, que regularmente no procuran el remedio á los males parecidos á los que tratan de evitarse con las disposiciones que hemos señalado, hasta que lo han hecho ellos. I. L. T.

Tipos y trajes austriacos.

Las fiestas del tiro federal que han tenido lugar en Viena y de las que hablamos en otro lugar de este número, han dado margen á que se reunan en la capital los tipos y trajes mas diversos de todo el imperio. Echemos una ojeada á esta poblacion, comenzando por Viena.

Todos los tipos, todas las variedades, todos los trajes de una nacion, se encuentran ordinariamente en la capital. A veces en los bulevares de Paris, se encuentra un árabe gravemente envuelto en su blanco alboroz y á veinte pasos una aldeana de la Alsacia con su gorra llena de cintas; esto sucede, pero es raro, la fusion del traje hace que estos tipos nacionales sean mas escasos cada dia en los bulevares parisienses. En Viena, el corazon de ese imperio que á menudo se ha comparado á un mosaico de nacionalidades muy distintas y cuyas diversas piezas confinan con las puertas de la capital, los tipos son variados y se acusan claramente por los trajes, muy pintorescos en su mayor parte.

Primeramente aparecen los húngaros que no se quitan jamás el calzon corto y la bota, la levita con alambres y el sombrero de fieltro, estos son los ricos y los nobles; luego hay los húngaros pobres que trabajan como jornaleros y que se reconocen por sus capas de lana blanca; luego hay los eslovacos, de traje elegante y vistoso con su sombrero redondo adornado de plumas ó de flores; luego las mujeres techeques, cuyo traje pintoresco es casi de un carácter oriental; los tsiganes, apenas vestidos; los croatas, los polacos, los albaneses, los transilvanos, con su traje turco, y finalmente, los tiroleses con su puntiagudo sombrero. Nuestro dibujo ofrece las principales figuras de todos estos tipos.

Si de Viena condujéramos por capricho al lector de nuestro periódico hácia el Norte, á dos horas de Viena, llegaríamos al límite setentrional del archiducado de Austria. Allí entre el archiducado y la Moravia (Bohemia meridional), hay una masa de poblacion, tan extraña á la Bohemia como al archiducado, que se compone de eslavos meridionales. El gracioso traje de los hombres recuerda el origen croata de esta poblacion que llaman eslovaca. Poco despues se entra en la Moravia, cuya capital es Brunn, ciudad tan linda como industriosa, dominada por el Spielberg, en otro tiempo cárcel de Estado (célebre por las relaciones de Silvio Pellico), hoy fortaleza ordinaria. Para juzgar de una ojeada la poblacion de la Moravia no hay mas que ir al mercado de Brunn que se ve representado en nuestro grabado, pues allí se encuentran todas las variedades del traje del reino techeque que es uno de los mas bellos y ricos paises de la Europa central. C. L.

La fábrica de Indret.

En nuestro número 786 publicamos la primera parte de un trabajo sobre los grandes establecimientos de la



AUSTRIA. — Tipos y trajes copiados en Viena.

Marina imperial. Por circunstancias imprevistas hemos debido aplazar la continuacion de este interesante estudio, y al proseguirle hoy, llamamos la atencion de nuestros lectores acerca de aquel primer artículo, que contiene en compendio la historia de la fundacion y aumentos sucesivos de la fábrica de Indret, cuya descripcion vamos á dar ahora.

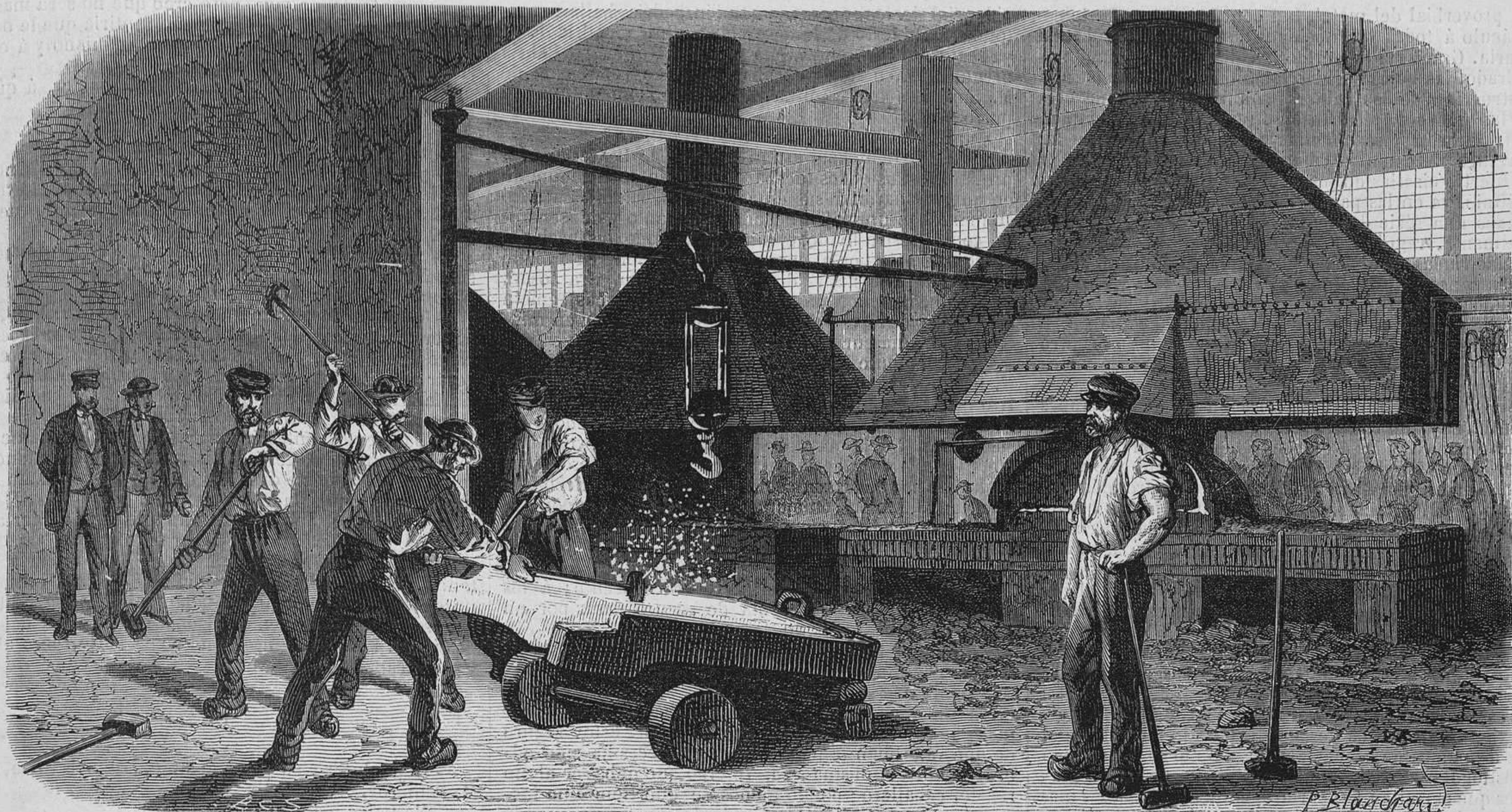
Como dijimos entonces, este establecimiento se halla exclusivamente consagrado á la construccion de las máquinas de vapor que necesitan los buques de la escuadra militar. Los materiales que recibe en bruto pasan allí sucesivamente por todas las trasformaciones que son menester para hacer con ellos esas máquinas de una fuerza fabulosa y de una precision admirable, como

verbigracia, el aparato de 3,800 caballos, destinado á la fragata de coraza *Friedland*, que se vió en la Exposicion universal de 1867.

Demostrar á nuestros lectores cómo se operan estas trasformaciones; iniciarles en todos los secretos de ese gigantesco trabajo, tal es el objeto que nos proponemos aquí, para lo cual nos auxiliaremos con los dibujos de



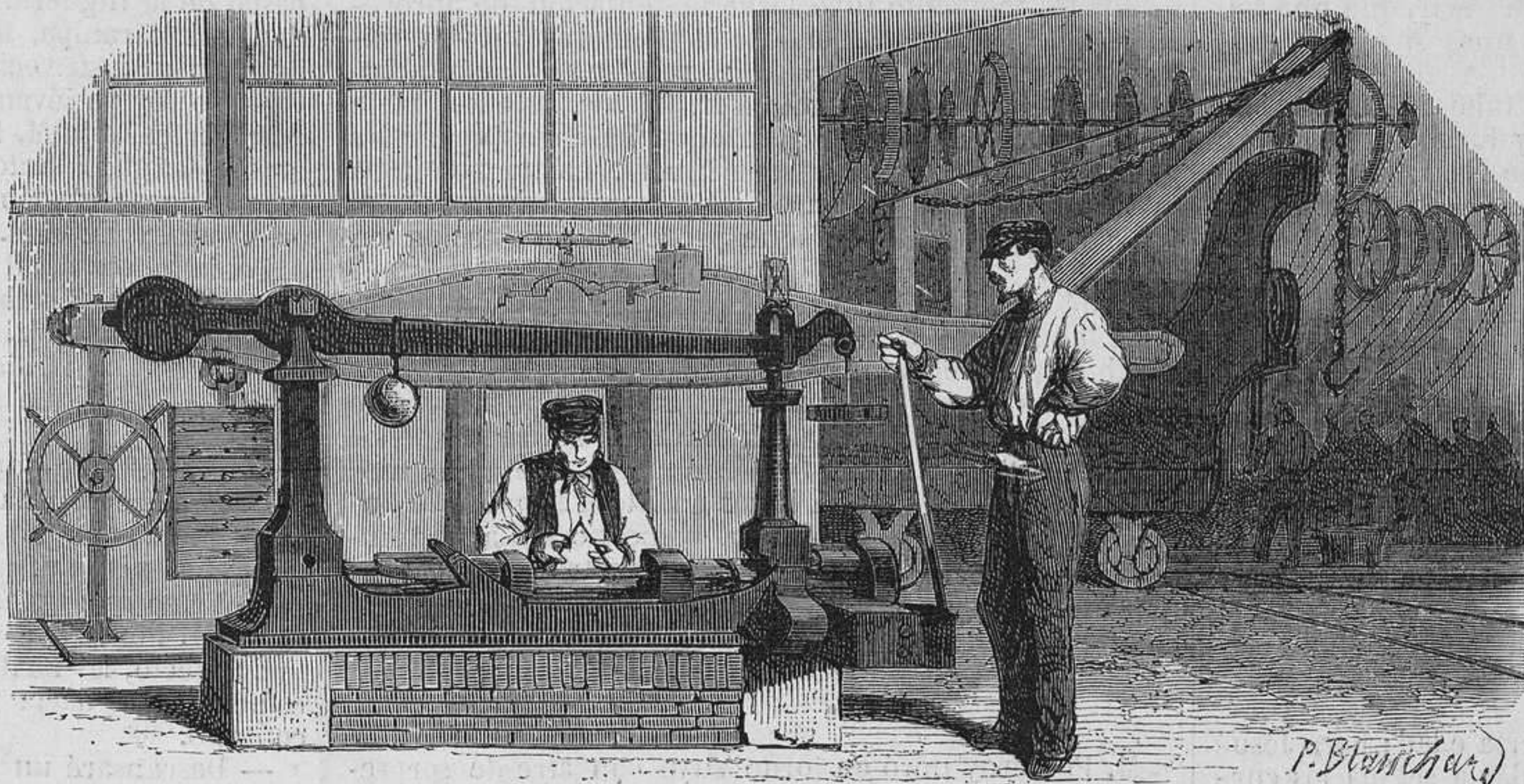
AUSTRIA. — El mercado de Brunn.



LA FABRICA DE INDRET. — La calderería: Operarios forjando una placa de tubos.

las diferentes partes del establecimiento en que esas diversas transformaciones se verifican. Principiaremos por dirigirnos hacia esas inmensas construcciones cuyas agudas techumbres se distinguen al extremo izquierdo de la vista general que hemos publicado: son los talleres de la calderería, y ahí se construyen las calderas, los condensadores, las enormes chimeneas de hierro batido, entre las cuales hay algunas que tienen mas de 2 metros de ancho, y que van poniendo á lo largo del muelle, esperando el dia del embarque.

«En otro tiempo, dice M. Turgan en una noticia consagrada al estableci-

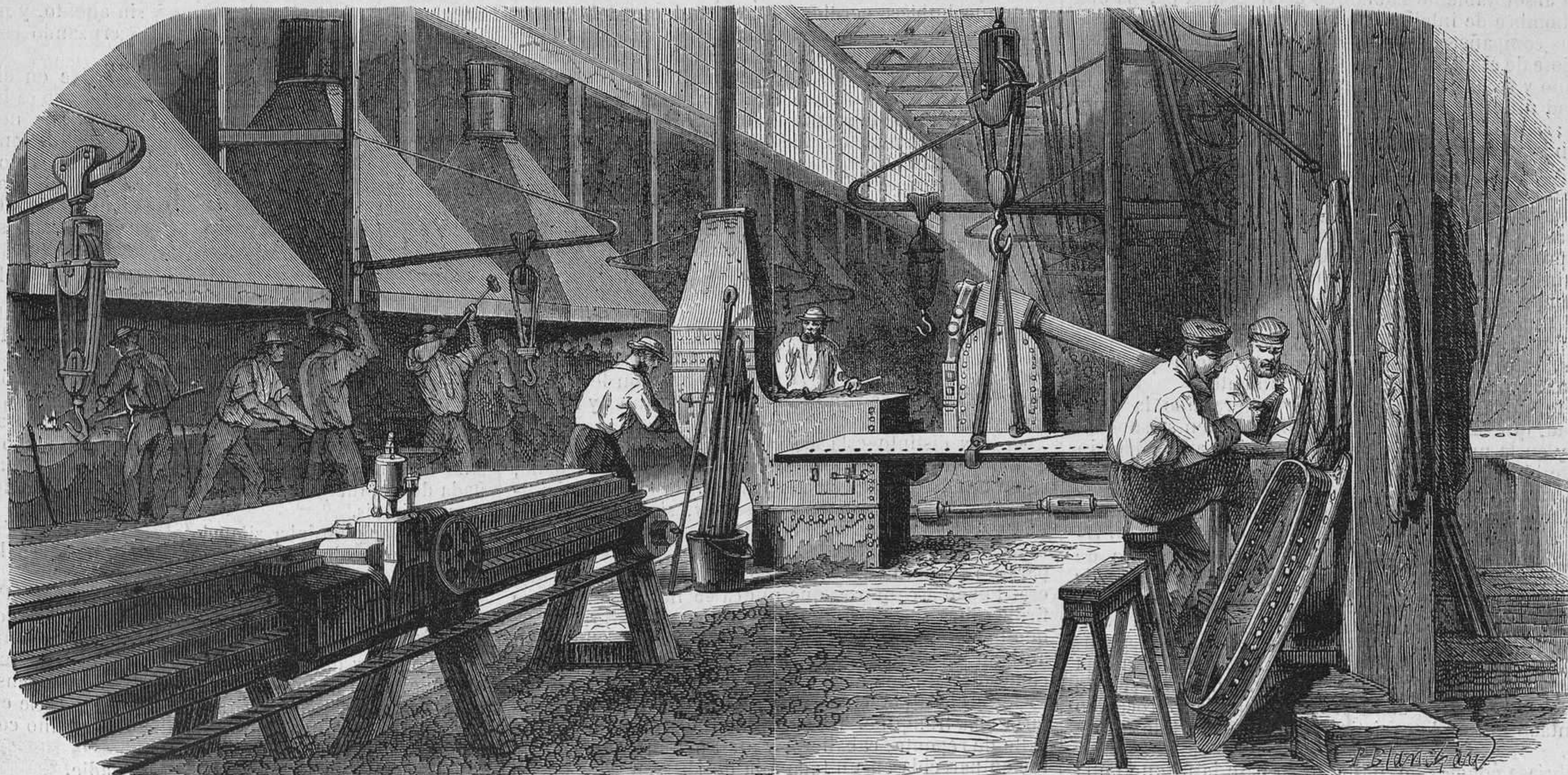


Máquina para probar la resistencia de las hojas de hierro .

miento de Indret (1), apenas se rascaba el hierro, y ahora se cepilla lo mismo que la madera, se corta y se agujerea como el carton.»

A los primeros pasos que se han dado dentro del taller de la calderería, se nota que no hay en esto ninguna exageracion: viendo con qué facilidad las máquinas conducidas por algunos hombres, á veces por uno solo, cortan, agujerean y doblan placas de hierro batido de 15 milímetros y mas de grueso, cómo retuercen y amasan, digámoslo así, el hierro, pone uno en duda la du-

(1) Les Grandes Usines, entregas 141 y 142.



Máquina y horno para fabricar los remaches.

reza proverbial del metal, tan contrario parece este espectáculo á todas las nociones que se tienen sobre la materia. Gracias á la perfeccion de los procedimientos de tirado, las hojas de hierro batido que sirven para la construccion de las calderas son hoy mucho mayores que las que se empleaban en otros tiempos. Principian por trazar con yeso en estas hojas el contorno de las diferentes piezas de la caldera, y luego las recortan ya con fuertes cizallas en las partes en que el contorno es rectilíneo, ya en las partes curvas, haciendo con el sacabocados una serie de agujeros unos al lado de otros. Finalmente, regularizados ya los bordes, taladran siguiendo líneas paralelas los agujeros que deben recibir los remaches.

Tallada la pieza, hay que cintrarla si debe formar parte de una pared curva, y la máquina que sirve para este fin se compone de tres rodillos justapuestos, entre los cuales pasa la hoja de hierro batido; el desvío se mide segun la curva que se quiere obtener. Cuando esta curva no es circular, la operacion se complica, pues entonces hay que calentar la pieza para darle la forma en la fragua. Gracias á que se ha adoptado en la marina imperial un tipo de calderas uniformes, que solo varia en la dimension, pero cuya forma es siempre idéntica, se ha podido simplificar mucho este trabajo con el empleo de yunques especiales sobre los que las piezas se vacian como en un molde, digámoslo así, bajo la accion del martillo.

De todos los aparatos que se fabrican en los talleres de calderería, los fogones son los que presentan en la ejecucion mas dificultades. Constantemente expuestos á la accion de la llama, sus paredes se corren rápidamente, y deben ser de mucha solidez para resistir á las deformaciones, que sin cesar tiende á producir en ellas la presion del vapor. La reunion de sus diferentes partes exige una habilidad especialísima y mucho cuidado.

La armadura de las calderas, así como la colocacion de los fogones, se ejecutan por medio de garruchas portátiles que permiten trasportar fácilmente las piezas mas pesadas; los remaches se ejecutan en la misma fábrica por una máquina que puede producir hasta mil y quinientos cada día. La construccion de las calderas absorbe, por término medio, setenta y cinco remaches por fuerza de caballo, lo que equivale á decir, que una caldera de cien caballos tiene como unos siete mil quinientos remaches.

Armada la caldera y puestos los tubos, se colocan en ella las puertas, rejillas y demás, y luego la embarcan en lanchas que la trasportan á San Nazario, de donde sale con direccion al puerto en que se construye el buque que la espera.

M. D.

Un huérfano en el mundo.

CUENTO INGLÉS

POR DUTTON COOK.

(Continuacion.)

Era á la sazón un hombre de cierta edad; pero Josué se acordaba de él cuando jóven todavía seguía los cursos de leyes estudiando para el foro, segun el método prescrito por los *inns of court* en su sabiduría. Por espacio de muchos años habia sido parroquiano del *Bantam*. Nada absolutamente habia que decir contra él; pasaba por hombre de inteligencia y capacidad y era respetado de sus compañeros.

Dijose de él en otro tiempo que sabia muy bien abrirse camino y se hacia rápidamente lugar en el foro. A la verdad últimamente no le habia visto Josué sino muy poco; pero esto nada tenia de extraño. El *Bantam* tenia muchos parroquianos pertenecientes al foro y á la curia; pero cuando estos prosperaban iban dejando naturalmente el *Bantam*, puesto que tenian una morada propia donde comian.

Pero esto no era cosa extraña en la gente del foro que prosperaba y se cargaba de negocios, siendo el trabajo inseparable del éxito en un abogado y quitándole el tiempo para cuidarse de las bagatelas del exterior y del traje. Josué vió sin la menor extrañeza la escuálida figura y el traje raído de M. Baxter. En otras personas, esto hubiera podido significar algo; pero en M. Baxter nada significaba absolutamente.

Si le hubieran dicho á Josué, y no era sino la pura verdad, que M. Baxter, el abogado á quien se suponía rico y en la prosperidad, era un hombre arruinado sin que hubiera que echarle por eso en cara ninguna falta ni ninguna mala accion, que estaba en la mayor miseria, tanto que hacia ya muchas horas que no habia probado alimento y que habia entrado en el *Bantam*, olvidando la hora avanzada que era, en la esperanza de encontrar allí algun amigo ó conocido á quien pedir prestada alguna pequeña suma, no para él, sino para enviarla á su mujer y á su hijo que se morian de hambre en el campo; tan pobre que mientras estaba sentado enfrente de M. Pomeroy pensaba en robar la caja de oro al hombre dormido para comprar pan; si todo esto se lo hubiesen dicho á Josué, habria retrocedido espantado creyéndose víctima de una horrible pesadilla.

Habriase conmovido hasta en su base la fe que tenia en el orden normal de las cosas y en la economía pro-

videncial de los sucesos. «¿Quién podria hallarse entonces á cubierto de la desgracia? ¿Quién podria estar ya seguro de no ser víctima del infortunio, se habria preguntado, cuando un caballero de la reputacion de M. Baxter se veia humillado de aquella manera en el polvo?»

— ¡Es preciosa! ¿No es verdad, caballero?

¡Qué terrible conmocion sintió M. Baxter á esta pregunta! Sus dedos tocaban ya la caja en el momento en que resonaron á sus espaldas estas palabras. Retiró su mano con un grito ahogado de espanto y de sorpresa, con el rostro lívido, el mirar extraviado, las facciones descompuestas por el exceso de su emocion, y se volvió hácia el que le habia dirigido la palabra. Era Josué, tranquilo, risueño, que no abrigaba ni la mas remota sospecha y que participaba de lo que creia ser en mister Baxter una curiosidad natural ó admiracion.

Evidentemente Josué jamás habria creído posible que M. Baxter quisiera tomar la caja de rapé por otro motivo que el de examinarla mas de cerca y con mayor comodidad de lo que podria hacerlo no teniéndola en sus manos. No le ocurrió siquiera que M. Baxter hubiese tratado de robarla, y cualquiera idea de ese género la habria rechazado como un absurdo inconcebible. ¡Hacer M. Baxter semejante cosa! Solo el suponerlo habria sido una monstruosidad. ¡Qué consuelo fué para el pobre M. Baxter leer todo eso en la expresion del rostro de Josué!

De todos modos hasta entonces era inocente; á los ojos de los hombres no podia de seguro pasar por un ladrón hasta el momento.

— No creo haber visto caja mas bonita que esta en mi vida, continuó Josué bajando el tono de su voz, porque temia que si despertaba el caballero dormido, pudiera este ver la libertad que se tomaba con su caja, por mas que solo fuese para discutir su valor. Estoy seguro de que vale buen dinero, y no pocas veces ha sido admirada en esta misma sala. Yo creo que debe ser algun regalo, caballero; por lo menos sé que tiene una inscripcion en la parte interior de la tapa, aun cuando nunca he tenido ocasion de leerla. Parece que su dueño duerme profundamente, ¿no es cierto, caballero? No recuerdo haberle visto dormir nunca de esa manera.

Por un momento tuvo Josué la tentacion de aprovecharse del profundo sueño de M. Pomeroy para examinar mas detenidamente la caja, pero se abstuvo no obstante de hacerlo. En cuanto á M. Baxter, este se habia retirado todo lo posible y se ocupaba en enjugarse su frente humedecida con su pañuelo. La noche estaba bochornosa, segun hemos dicho, pero no era solo el calor de la atmósfera el que provocaba esa accion en M. Baxter.

Josué tomó de encima de la chimenea la caja de madera labrada de la casa y se la presentó á M. Baxter. Es posible, pensaba el mozo del *Bantam*, que M. Baxter haya querido coger la caja para tomar un polvo, aparte del deseo de examinarla. M. Baxter, sin darse apenas cuenta de lo que hacia tomó un polvo. En aquel momento estaba dispuesto á hacer cuanto á Josué se le antojara proponer. Sin embargo, como no tenia costumbre de tomar rapé dió un estornudo estrepitoso. M. Pomeroy se despertó.

V.

M. Pomeroy miró en torno suyo con aire de sorpresa, de recelo y de desconfianza, como hacen todos los que se despiertan de repente. Hasta casi tenia ganas de negar que hubiese dormido. No estaba distante de admitir que habia cerrado los ojos por algunos minutos, pero que hubiese perdido el conocimiento del mundo tangible del *Bantam*, de su copa y de su caja, de su pipa y de su posicion en general; esto era lo que no queria reconocer. Pudiera haber sucedido que por muy breves momentos hubiese tenido un pié en el país de los sueños, pero de seguro el otro pié lo habia tenido en todo ese tiempo en Fleet-street, y esto se hallaba pronto á sostenerlo.

Como quiera que fuese, no podia haber duda en que habia dormido, y dormido profundamente. Miró el reló con cierto escozor, pareció dudar de su exactitud y se aseguró al fin consultando su abultado reló de plata. No se avenia á que fuese tan tarde.

— Tomad, dijo á Josué entregándole el importe de su comida.

Acabó de beberse el grog, extrañó que estuviese tan frio, y apenas reparó en el hombre que estaba sentado enfrente al otro lado de la mesa. Tomó con lentitud y con cierta debilidad su sombrero, sus guantes y su baston, y salió.

— Muy distinto está de como estaba, observó Josué con aire grave. Creo que el calor le hace gran daño, como lo hace á las personas gruesas. Hasta se me ha figurado que se tambaleaba al salir y, sin embargo, no ha tomado mas que lo de costumbre. Años hace ya que toma siempre lo mismo todos los días, y no es mucho para un hombre vigoroso como él. Pero no es ya lo que era. Puedo aseguráros que nunca le he visto tan poco firme sobre sus piernas como esta noche. No es cosa que debiera importarme seguramente, pero al fin es un antiguo parroquiano de la casa. Casi me dieron tentaciones de salir con él y acompañarle hasta su casa. Acaso le hubiera parecido demasiado libertad, pero yo estaria mas tranquilo. Tuve un tío que cayó muerto en la calle de repente, caballero, y ese tío tenia una constitucion parecida en un todo á la de M. Pomeroy. Mucho me pesa de no haber salido con él. No es decir que sepa

exactamente donde vive, pero creo que no será mas de un tiro de fusil desde aquí. Mucho sentiria que le ocurriese algo, porque es un antiguo parroquiano y á estos siempre se les toma ley.

— Le conozco yo tambien, dijo M. Baxter, á quien iban dirigidas las anteriores observaciones.

— Se llama Pomeroy, ¿no es cierto, caballero?

— Sí; y vive en el mismo piso que yo.

— ¿De veras, caballero? Nunca he sabido fijamente dónde vivia. Entonces, caballero, tal vez podriais ver si no ha tenido novedad cuando os retireis á vuestra casa.

— Sí que lo veré, dijo M. Baxter con una entonacion singular.

Su acento sorprendió á Josué.

— Tambien es preciso que os cuideis vos mismo, caballero, tal es al menos mi opinion. Este calor excesivo abate á las gentes sin que lo echen de ver. No pareceis gozar de la misma robustez, y perdonad que os lo advierta. Permitidme ofreceros una copita de aguardiente antes de que os marcheis, caballero.

M. Baxter no contestó. Levantóse precipitadamente, tomó su sombrero, deslizo seis peniques en la mano de Josué, que miró este donativo inesperado con tanta sorpresa como curiosidad, y se marchó.

En la calle encontró una pobre criatura cubierta de harapos, acurrucada y medio dormida en un pasadizo. M. Baxter la echó medio penique, última moneda que tenia. Quedóse entonces reducido á la mas completa miseria, y al alejarse precipitadamente llevaba pintada una sonrisa extraña en su fisonomía. Buscaba delante de sí á M. Pomeroy, porque no podia verle, pero al fin logró alcanzarle.

VI.

— Mejor hariais en pasar delante, si teneis prisa, dijo M. Pomeroy.

— No tengo prisa ninguna, gracias.

M. Pomeroy, con lento paso, y con una dificultad visible, subia la vieja escalera oscura y desigual que conducia á su habitacion en lo alto de una de las casas del paseo de la Higuera. El anciano caballero, asido fuertemente á la rampa, se detuvo y se hizo á un lado para dejar pasar á su vecino. M. Baxter se detuvo tambien.

— No soy ya jóven, y estas escaleras abaten un poco mis fuerzas, dijo M. Pomeroy. La verdad es que nunca me he fatigado tanto como esta noche. No sé lo que tengo, pero experimento hoy una sensacion que no acierto á explicarme.

Tenia la voz débil y su acento habia perdido su dureza habitual. Temblaba al hablar y cubria su rostro una extraña palidez.

— Andais con dificultad, caballero.

— En efecto, me siento débil y no sé en qué consisto.

— Permitidme que os ayude: apoyaos en mí.

M. Pomeroy ayudado por su vecino, subió otro tramo de escalera, aunque lentamente y con un esfuerzo que le dejaba exánime.

— Temo que no esteis vos mas fuerte que yo, murmuró M. Pomeroy.

En efecto, M. Baxter parecia como aniquilado por los esfuerzos que hacia para sostener á M. Pomeroy, y no contestó.

— Descansaré un momento y así podré luego andar mejor: no os detengais por mí.

— No tengo prisa ninguna y me complaceré en seros de alguna utilidad.

Guardaron ambos silencio por un momento, M. Pomeroy, apoyado contra la rampa y sin aliento, y mister Baxter, mirándole con aire extraño y cruzando las manos con un movimiento nervioso.

— Sois Baxter, ¿no es cierto? el que vive en el piso tercero. No, no me engaño, á pesar de que no os he reconocido al pronto. ¡Qué débil me siento esta noche! Jamás me he sentido así. Ya hace años que os conozco, al menos de cierta manera. Vuestros negocios no van tan bien como antes. He oido hablar de vos algunas veces. Estábais ocupado como auxiliar en casa de... ¿Cómo se llamaba? Ese abogado que en el año pasado se arruinó por completo. Estábais entonces bastante bien, pero despues fueron muy mal vuestros negocios; apenas podiais manteneros. Y teneis mujer y un hijo en el campo. ¡Cuando uno piensa en eso! Probablemente estarán pereciendo de hambre. ¡Qué desgracia! ¡Pobre gente!

— ¿Y qué teneis vos que ver con eso? preguntó Baxter con aire de enfado.

— Ya sé que no tengo derecho á hablar de esas cosas; pero os ruego que no lo lleveis á mal, pues no hago sino repetir lo que todo el mundo dice en el *inn*. Si nada de eso fuese cierto tendria un placer en que me desmintierais.

M. Baxter guardaba silencio arrastrando los piés con impaciencia sobre los escalones deteriorados de la escalera.

— Muchas veces pienso en vos, continuó M. Pomeroy... Es una triste posicion la vuestra, y lo siento á fe mia... Podeis creer que os tengo compasion.

M. Pomeroy hablaba como un hombre que estuviera soñando, y sin dirigirse á su compañero; pero pensando en voz alta, por decirlo así, aunque apenas se le entendia, porque la fatiga no le permitia hablar sino con dificultad.

— No necesito de la compasion de nadie.

— No, no; lo comprendo bien. ¿De qué sirve la com-

pasion? Con ella no se compra pan. La compasion no salva á un hombre del hambre, si se pasa á su lado y se le deja morir.

M. Baxter miraba á su vecino con ojos extraviados. ¿Aquel hombre estaba loco ó estaba borracho? Nunca anteriormente habian cambiado una sola palabra, y ahora, sin embargo, sacaba á plaza y discutia de la manera mas brusca y menos cortés las particularidades mas íntimas de la vida de su vecino. M. Baxter se creia insultado y agraviado, pero ¿qué podia hacer, ni qué reparacion pedir? Evidentemente su vecino estaba en una situacion muy grave. M. Baxter calló.

— Y sois un caballero, continuó M. Pomeroy, hombre de ciencia, miembro de una profesion distinguida, y á pesar de todo, os dejan morir de hambre. Al paso que yo no soy mas que un comerciante retirado, y estoy rico, ó por lo menos bien acomodado. Esto lo encuentro duro; muchas veces lo he pensado; me parece duro en extremo.

¿Qué querrá decir este hombre? pensaba M. Baxter. ¿Seria su ánimo insinuar que ofreceria su auxilio, prestando dinero ó tenderia una mano bienhechora á su pobre vecino, si este llegara á pedirselo?

— ¡Y teneis una mujer y un hijo que pesan sobre vos! Pues bien, en todos casos sabed que hay alguien que lo tendrá presente. Yo no tengo á nadie con quien me unan vinculos de parentesco, nadie que se cuide de mí, y hace ya muchos años que vivo en ese aislamiento. Parece extraño, y hay en eso algo que no encuentro bien. Tal vez se arreglará mas adelante, pero conozco que como estoy no estoy bien. ¡Y esos pobres seres que teneis en el campo! Los quereis mucho, ¿no es cierto? Y sin embargo, debeis pensar ahora que hubiera valido mas que no hubiesen nacido.

M. Baxter siguió guardando silencio. A pesar de eso, su semblante indicaba que sufría horriblemente y que le costaba gran pena callar.

M. Pomeroy apoyaba sus manos sobre su frente.

— Hace muchos dias que siento venir esto, aunque he hecho esfuerzos para no pensar en ello. La verdad es que eso á nadie importaba sino á mí. ¿Y á quién podia interesar? Yo no tengo mujer ni hijo en el campo. Acaso valiera mas que los tuviese.

En esto pareció como que salia de un sueño.

— ¿Dónde estoy? ¡Ah! ¿Sois vos, M. Baxter? Creo sentirme con fuerzas para andar otro poco. Es mucha vuestra bondad en prestarme el auxilio de vuestro brazo, porque, me parece excusado decirlo, no hay motivo para que os intereseis por mí. ¿Por qué os habiais de interesar?

Siguió subiendo con trabajo. M. Baxter le ayudaba y sentia, con una especie de estremecimiento de terror, el roce contra su brazo de la superficie dura de la caja de rapé, que estaba en el bolsillo del costado de M. Pomeroy. ¡Qué fácil le hubiera sido sustraerla! ¿Qué podia hacer aquel anciano para impedirlo? Nada; pero no podia quitársela en aquel momento cuando estaba dando ayuda á su vecino. Hubiera sido la mas negra infamia.

— Buenas noches, y tantas gracias.

Acababan de llegar al último piso de la escalera. M. Pomeroy se habia repuesto casi enteramente, y su voz habia recobrado algo de su antigua dureza. Abrió la puerta de su cuarto y entró, cerrándola inmediatamente tras de sí. M. Baxter se quedó solo en el rellano.

VII.

M. Baxter permaneció por un momento irresoluto, abismado en sus pensamientos. Luego entró en su habitacion, de la que volvió á salir casi al punto, trayendo en la mano un cabo de vela, que encendió en el pico de gas de la escalera. Su cuarto estaba amueblado miserablemente. La pobreza habia sido ruda y hecho visitas harto frecuentes en la vivienda de M. Baxter para que no hubiese disminuido su mobiliario.

Sus libros, con muy raras excepciones, habian huido de los estantes, vendidos uno tras otro para comprar pan. Véase el polvo en todas partes y nada estaba con orden. La miseria habia causado horribles estragos en sus dioses penates.

Los muebles tenian tal aire de pobreza, que nadie los hubiera querido; no hubieran encontrado comprador. Unas cuantas sillas en malísimo estado, una alfombra llena de girones, una mesa coja, un canapé destruido, con una manta de viaje extendida descuidadamente sobre el asiento. El pobre hombre no tenia otra cama.

Sosteniendo en su mano el cabo de vela un poco mas alto que su cabeza, estuvo contemplando por un momento aquel cuadro de miseria. Dibujóse la risa en sus labios, pero una risa enfermiza y desesperada. Habia algunas cartas en un cajoncito, pasó la vista por ellas y no las abrió. Una tenia el sello del gobierno.

— El pago de la contribucion, dijo con amargura, y la arrojó al suelo con las otras.

Púsose en seguida á buscar alimento, y no halló mas que algunas cortezas de pan seco, que devoró con ansia. Despues sacó el frasquito del bolsillo, lo tuvo por algun tiempo en su mano y lo volvió á guardar. Otro pensamiento le tenia embargado á la sazón: pensaba en mister Pomeroy. Sentóse inclinándose hácia adelante, con los codos puestos uno sobre cada rodilla y apoyada su barba sobre las manos.

¿Qué podia significar la extraña conducta de M. Pomeroy? M. Baxter sabia muy poco de él, no obstante

que eran vecinos hacia algunos años. Los ingleses en general conocen poco á sus vecinos, aun cuando vivan en la misma calle, en la casa contigua, en alguno de los cuartos de la misma casa.

M. Baxter habia oido hablar de M. Pomeroy de vez en cuando. Su lavandera, cuando la tenia, le habia referido algunas habladurias acerca de aquel caballero. Mister Baxter era harto pobre ahora para tener lavandera. M. Pomeroy era rico y hacia una vida retirada.

No dejaba entrar en su cuarto á nadie mas que á su lavandera, y para eso nunca le confiaba la llave; solo entraba cuando se lo permitia M. Pomeroy y únicamente en su dormitorio. Esto era cuanto habia oido mister Baxter de M. Pomeroy, incluso el hecho de que era rico. Podia ser que tuviese dinero escondido en su cuarto y probablemente así se habia susurrado en el *inn*.

Triste cosa era morir de hambre no hallándose separado mas que por un tabique de un hombre rico, y quizás de un monton de oro. Por largo tiempo no pudo pensar M. Baxter en otra cosa que en su miseria y en la riqueza de su vecino. Estaba sentado, inmóvil, con los ojos fijos, hasta que por último se levantó. Probablemente habia tomado una decision. Quitóse las botas y entró en una pieza que habia en la parte mas interior de la habitacion caminando sin hacer ruido. Abrió una puerta y se halló delante de una escalerilla recta que conducia á una trampa por la que se salia á lo mas alto de la casa.

(Se concluirá.)

La bebida entre los romanos.

Nadie podrá disputar á estas líneas el mérito de la actualidad: el verano se encarniza con nosotros; el calor seca las fauces; el cuerpo suda á rios, y hay gran necesidad de beber: la estacion, que tan mala es para los labradores, no puede ser mejor para los fabricantes de sombrillas, para los cafeteros y los taberneros.

Al principio las gentes se contentaban con beber agua en el cuerno de un buey; despues se empezaron á mezclar con el agua el vino y el vinagre, uso que todavía se sostiene en muchos pueblos.

Citaremos entre ellos las Indias, donde 60 millones de hombres apagan su sed con *chica*, bebida que se dispone poniendo en un cacharro naranjas amargas, pedazos de pan de patata y agua fresca, dejando la infusion fermentar y tamizándola despues.

Los chinos beben *siou-hen-tsou*, breva que se hace por medio de una disolucion de maiz y té; tambien fabrican algunos licores con ananas y naranjas.

Generalmente cada pueblo tiene su bebida particular, que varia segun las condiciones climatológicas, y segun los frutos indígenas sobre todo.

Poco interés tendria una relacion de las bebidas que usan los pueblos contemporáneos, desde el vino selecto, que es la de lujo, hasta la sidra y la cerveza, que es la económica; mas curioso pareciera pasar revista á lo que bebían los pueblos de la antigüedad.

Entre ellos el vino era demasiado, tenia sobradas cualidades de licor para que pudiera beberse puro. Mezclábase con una taza ó con un vaso llamado *cyathus*, que contenia la duodécima parte de un *sextarius*; vaso cuya capacidad era próximamente la del litro, y del cual se hacia uso en la mesa. Los esclavos escanciadores estaban encargados de hacer la mezcla segun las órdenes de los convidados; no tenian otra ocupacion, y para ejercer esas funciones se escogian siempre los mas gallardos. Walckenaer, de quien tomamos estos detalles, dice que los buenos vinos de los antiguos se asemejaban mucho á nuestros licores.

En Italia, donde se conservan las tradiciones de los cosecheros de vinos latinos, no hay hoy todavía apenas otros vinos que los parecidos á licores, perjudiciales por mas de un concepto á la salud. Esto nos explica perfectamente por qué los padres de la Iglesia aconsejaban á los fieles que no bebieran mas que agua, porque con el abuso de aquellos vinos no solo era de temer la borrachera, sino además enfermedades peligrosas.

Plinio nos ha dejado algunos detalles acerca de la bebida entre los romanos.

«El dinero, dice, ha establecido distincion hasta entre los elementos. Unos beben nieve, otros hielo: se ha encontrado medio de hacer en el invierno provision de frio para el tiempo de calor, y aun el secreto de producir la nieve en el rigor del estío: hay quien hace hervir el agua y la transforma en hielo un instante despues: Neron es el autor de esta invencion: con ella se consigue una bebida fresca, sin tener en cuenta los inconvenientes del agua de nieve.»

Augusto usaba con mucha moderacion del vino, no bebia mas que tres veces á cenar; cuando mayores excesos hacia no pasaba de seis copas, rara vez bebia durante el dia. En vez de beber, tomaba, cuando tenia sed, un pedazo de pan mojado en agua fresca, ó unas hojas de lechuga, ó alguna fruta ácida.

Adriano no bebia vino en las comidas.

Máximo muy poco, así como Maximino el jóven.

Maximino se abstenia casi siempre de bebidas frias.

El emperador Tácito no pasaba de un sextario de vino al dia, y á veces solo tomaba la mitad.

Alejandro Severo no bebia ni mucho ni poco, sino el vino necesario para las comidas, no obstante su aficion al agua pura.

Septimo Severo era gran aficionado al vino.

Niger comia poco, pero bebia con exceso.

Caracalla era tambien muy apasionado del vino.

Claudio pasaba por un borracho: frecuentemente habia que llevarle en brazos desde la mesa.

Aurelio Victor acusa á Trajano de haber gustado con exceso de la bebida y la comida: segun el testimonio de aquel, atormentado como Nerva por la pasion del vino, Trajano habia atenuado sus efectos, prohibiendo expresamente que se ejecutaran las órdenes que diese despues de haber comido bien.

Alejandro Severo conservó la costumbre que tenia Trajano de vaciar hasta cinco copas en los postres, en honor de Alejandro el Grande, siempre que tenia soldados á su mesa.

Tiberio tenia tal fama de pasion por el vino, que los soldados le llamaban Viberio en vez de Tiberio. Siendo emperador, pasó dos dias y una noche bebiendo con Pomponio Flaco y Pison. A la salida de esta bacanal, dió al primero el gobierno de Siria, y al segundo la prefectura de Roma, llamándolos en los nombramientos «sus mas amables compañeros y sus amigos de todas horas.» A varios candidatos ilustres que pretendian ser questores, prefirió al mas oscuro, porque habia vaciado en la mesa una ánfora de vino que él mismo habia llenado, cuyo contenido era de unas veinte y seis pintas.

Segun dice Séneca, Lucio Pison no dejó de estar borracho nunca desde que empezó á ejercer sus funciones; pasaba en la mesa la mayor parte de la noche, y dormia hasta medio dia; esto, no obstante, desempeñaba con perfecta exactitud los deberes de su cargo, que consistian en la vigilancia y seguridad de la ciudad.

Tiberio le dió por sucesor á Cosso, hombre grave y de buen sentido, pero de tal manera dominado por la pasion del vino, que habiéndose presentado un dia en el Senado á poco de levantarse de la mesa, se puso á dormir tan profundamente, que no hubo medio de despertarle, y fué preciso llevarle á su casa.

Cerramos aquí esta serie de citas: los excesos imperiales acaban por ser odiosos y repugnantes.

Domiciano, que notó en un mismo año una gran cosecha de vino y una gran escasez de trigo, calculó que las viñas eran causa de que se descuidaran los cereales, y decretó, no solo que no se plantaran nuevas viñas en el imperio, sino que se arrancaran la mitad de las que existian. Parece que el decreto no se cumplió muy al pié de la letra; el bajo imperio murió encenagado en vino. En comparacion á él, las sociedades modernas son modelo de sobriedad.

L. E.

Incendio de los almacenes de marina

EN DUNKERQUE.

Desde algun tiempo tiene desgracia la ciudad de Dunkerque. Con un corto intervalo dos incendios han destruido los buques en el puerto; últimamente el fuego ha devorado los inmensos almacenes del muelle Bourbon, y un nuevo desastre mas considerable aun que los anteriores, acaba de destruir los almacenes del Estado, situados en el muelle de la Marina.

El martes 4 de agosto á las seis de la tarde advirtieron la primera señal de este siniestro. Inmediatamente llegaron los socorros, pero la llama se habia esparcido con una rapidez terrible. Favorecido por materias fácilmente inflamables, el incendio habia cubierto en un instante la mayor parte de los almacenes, y entonces una ansiedad espantosa se apoderó de la muchedumbre. Fácil era ver que los almacenes del Estado se hallaban perdidos sin remedio; pero al menos era preciso impedir que las llamas llegasen hasta las construcciones del puerto. Todos los esfuerzos de los trabajadores se concentraron hácia este fin, y afortunadamente se pudo conseguir lo que se deseaba. La pérdida del Estado asciende á 1.200.000 francos, pero todas las mercancías estaban aseguradas.

P. P.

Inauguracion

DE LA ESTATUA DE LEOPOLDO I EN AMBERES.

La memoria del rey Leopoldo I es popular en Bélgica, y sin embargo, en la misma ciudad de Amberes, donde acaba de inaugurarse la estatua ecuestre del rey, esta popularidad ha venido á encontrar enérgicas resistencias. Sabido es que la cuestion de las fortificaciones de Amberes, que tan profundamente descontentó á las poblaciones, provocó hace ya tiempo entre esta ciudad y el gobierno belga, un antagonismo que dura todavía. Ahora bien, esta antigua oposicion local no ha cedido ni ante el solemne homenaje que la ciudad iba á rendir á la memoria del anciano rey, que la Europa consideraba como el Nestor de los soberanos de nuestros dias.

El consejo municipal, producto de la eleccion que tuvo lugar á consecuencia del establecimiento de las fortificaciones, negó dos veces diferentes un sitio para elevar la estatua del rey, que se ha costado, sin embargo, por suscripcion pública. El tribunal de Comercio

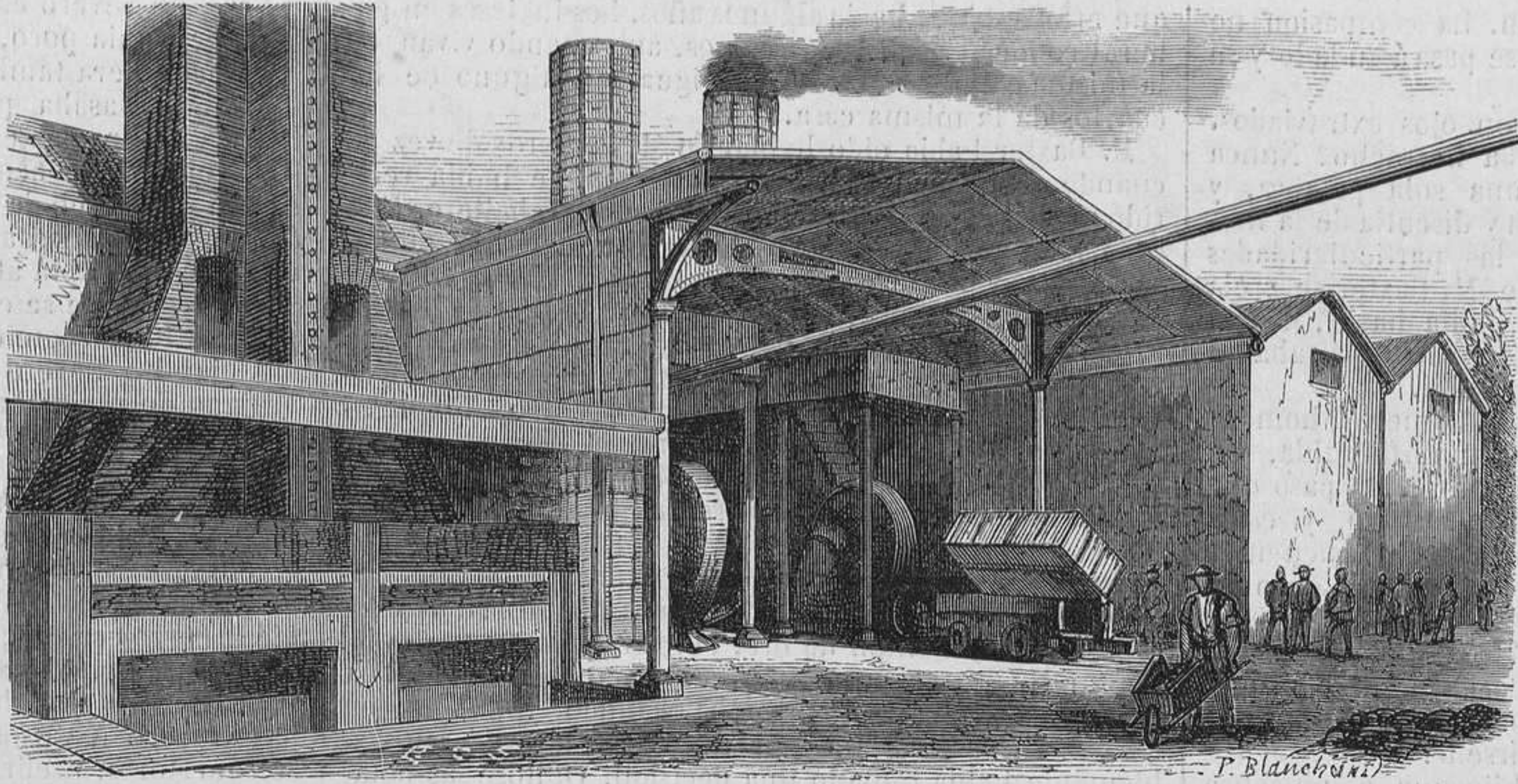
adquirió el terreno en donde han elevado la estatua, y las fiestas que han celebrado esta inauguración, han tenido efecto sin la menor participación de las autoridades comunales. Así ha sido que el rey y la reina, á despecho de las mas vivas instancias de los delegados de Amberes, se negaron á honrar con su presencia esta manifestación de la gratitud nacional.

Puede decirse pues que estos honores supremos á la memoria del rey que supo hacerse querer y estimar de todo el mundo, no son debidos ni al gobierno belga, ni á la ciudad de Amberes. La estatua puede considerarse como un monumento erigido por la gratitud pública, y las fiestas organizadas para inau-

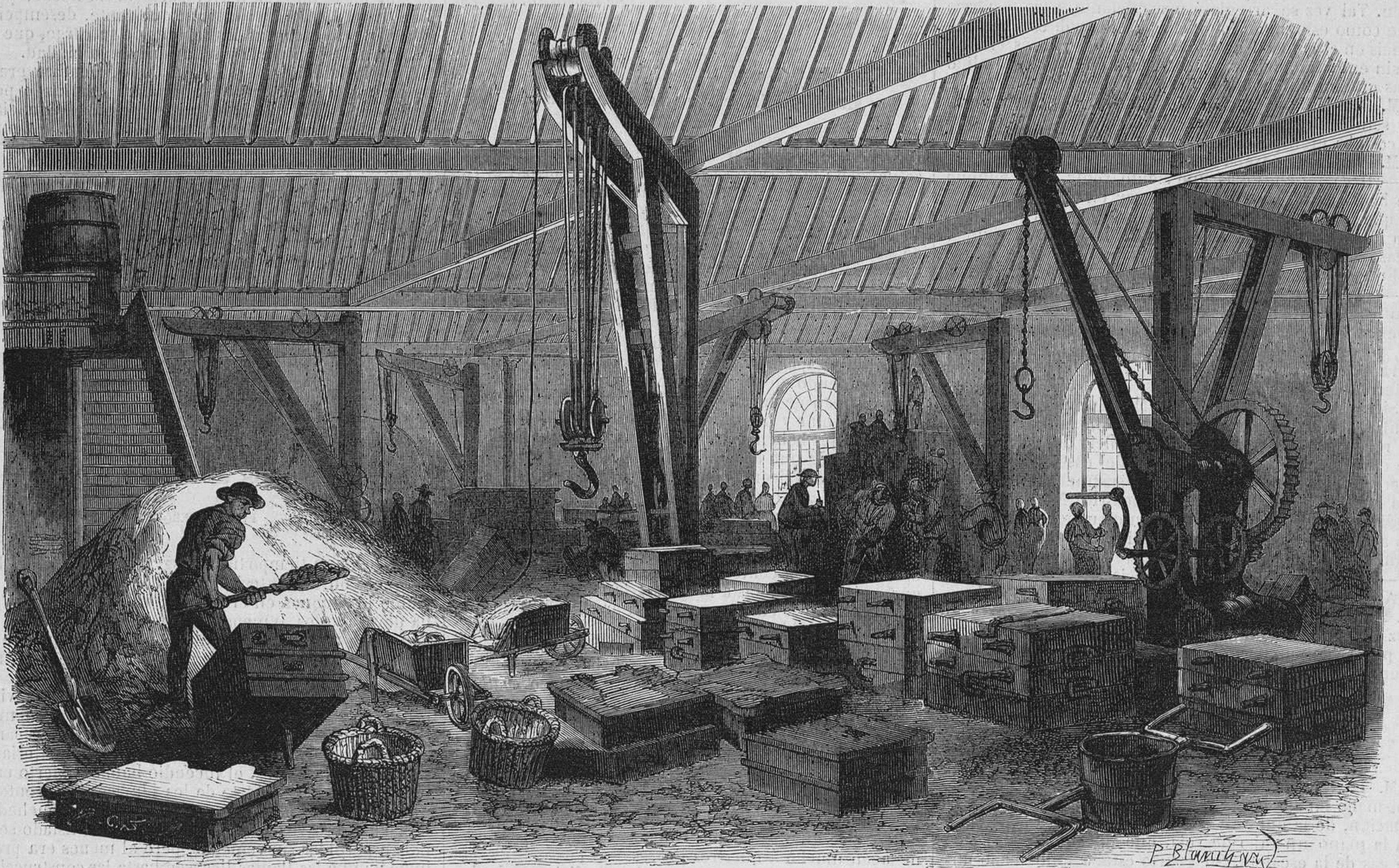
gurarle el 1º y el 2 de agosto, reunieron en Amberes á los representantes de toda la Bélgica. Cada uno de los dos días tenia una consagración especial.

El 2 de agosto al medio día, tuvo lugar la inauguración de la estatua, y la ceremonia se efectuó en medio de demostraciones vivisimas. Después de la ejecución de las cantatas, el cortejo, que era imponente, desfiló en torno del monumento. Los regocijos públicos, muy variados, comprendían un concurso de tiro con un premio de 15,000 francos, fuegos artificiales, fiestas campesinas, bailes, en suma, todo el programa de las alegres kermesses flamencas.

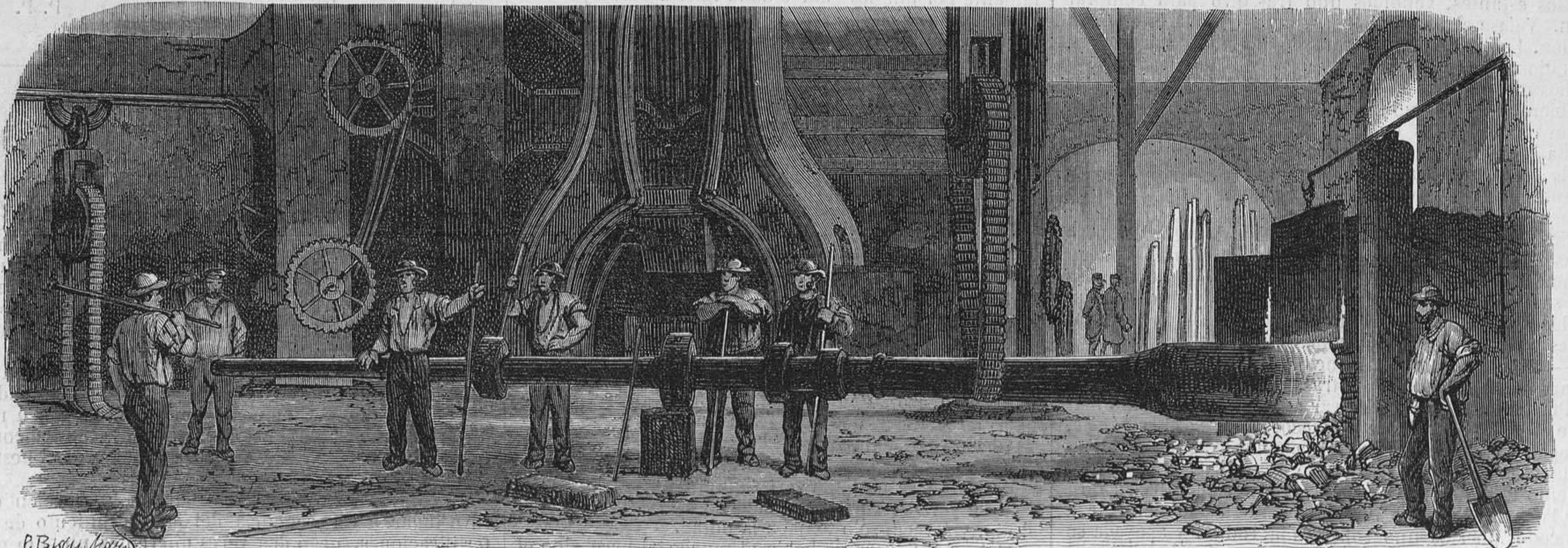
El primer día se consagró al aniversario de la liber-



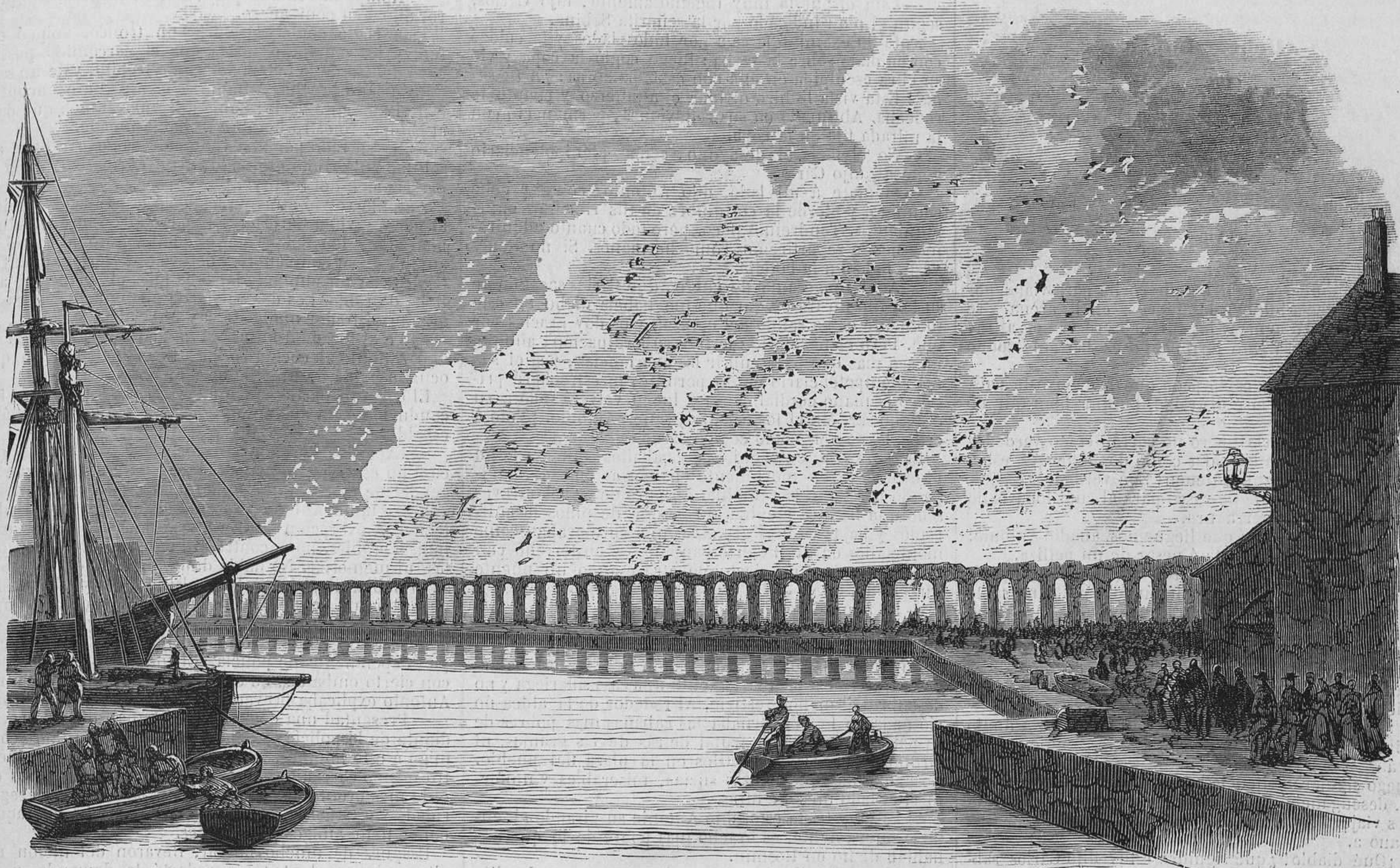
LA FABRICA DE INDRET. — La fundición : Los ventiladores.



Aspecto del taller de la fundición.



Operarios calentando un árbol.

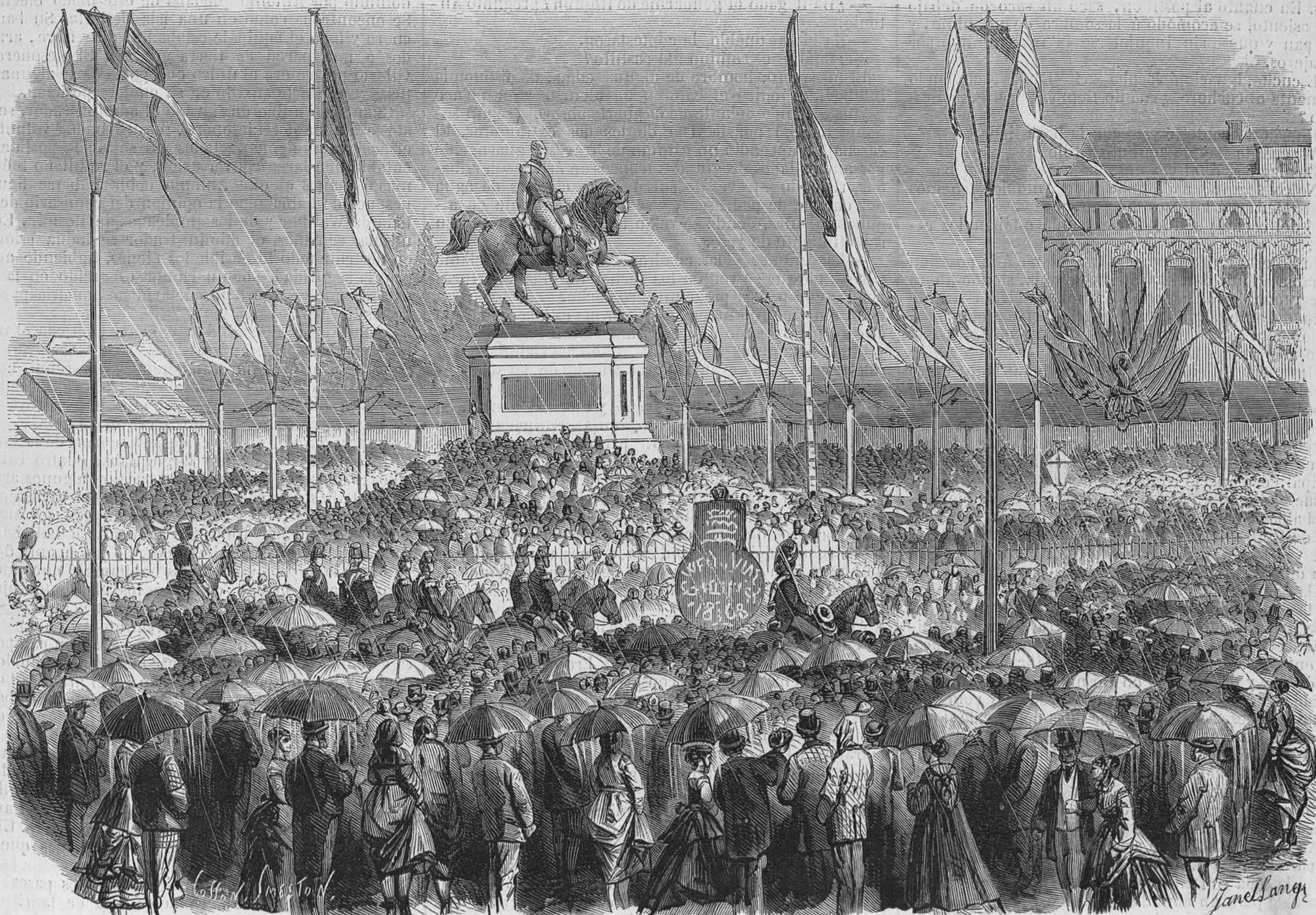


Incendio de los almacenes de la marina en Dunkerque.

...ad del Escalda. A las doce hubo una explosion de minas que produjo un gran efecto, y luego replegaron un puente para que pasara el tren alegórico que representaba el rio libre. L. C.

— Vamos á rectificar un error cometido en dos distintas ocasiones en nuestros grabados sobre el atajo del Escalda. El atajo en cuestion se halla establecido en la parte holandesa del cauce del rio, y no en Bélgica. Por

lo demás, el artículo descriptivo que acompañaba á la segunda parte de nuestros grabados, no ha podido dejar ninguna duda sobre este punto en la mente de nuestros lectores.



BELGICA. — Inauguracion de la estatua de Leopoldo I en Amberes.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

« — ¡Me embarcaré yo en un coche para viajar por un país donde se hunden las piernas en la arena y se convierte esta en agua, y los carruajes se ven arrastrados por las ratas? Este terreno no es bastante sólido para mí. »

— Los caballos no es lo peor que hay en este país, repuso Antonio con aire distraído, porque bien mirado corren bastante.

— Sí, contestó Carlos, pero no corren como verdaderos caballos; cruzan las patas como dos gatos que están riñendo; y ¡qué pezuñas tienen! Son verdaderas patas de oca; es una especie de casco para el cual todavía no se ha inventado la herradura.

— Lo que importa es que lleguemos, añadió Antonio: este viento frío me molesta á pesar de mi pelliza.

— El señor administrador ha dormido poco estas últimas noches, dijo Carlos saludándole. El aire sopla aquí como en una era. La tierra no es accidentada como en otras partes, sino llana como una gasa. Precisamente en este sitio las gentes han tenido por conveniente establecer un desierto, pues hace ya más de dos horas que andamos, y en ninguna parte se descubren indicios siquiera de población.

— Sí, ciertamente esto es un desierto, dijo Antonio suspirando; tengamos paciencia, que el camino ya mejorará.

Luego siguieron silenciosamente. Al fin el cochero se paró, desenganchó los caballos, sin ocuparse para nada de los viajeros, y los condujo á la orilla de una charca pantanosa.

— ¡Qué diablo! ¿qué significa esto? dijo Carlos saltando del coche.

— Doy de comer á mis caballos, contestó el criado con tono áspero y acento extranjero.

— Tengo curiosidad de ver cómo se arreglará, dijo Carlos, pues no veo ni la sombra de un saco de forraje.

Pero los caballos demostraron que sabían vivir sin probar la avena; alargaron el cuello hasta el suelo y se pusieron á comer la yerba y las malezas al rededor del pantano, acercando el hocico con frecuencia á la superficie, pero sin hacer más que examinar las turbias aguas. En cuanto al postillon, sacó un saco de debajo de su asiento, se acomodó á la sombra de un olmo, y cortó pan y queso sin inquietarse lo más mínimo por los viajeros.

— Escucha, Ignacio ó Jacobo, gritó Carlos sacudiendo rudamente al cochero, ¿cuánto tiempo durará este desayuno?

— Una hora, contestó este con la boca llena.

— Y ¿cuánto hay de aquí al castillo?

— Dos leguas, ó tal vez más.

— No conseguiremos nada de él, dijo Antonio; tenemos que someternos á los usos del país.

Bajó del coche y se fué hácia donde estaban los caballos.

Antonio está en camino para trasladarse á la posesión que había adquirido el baron en Polonia, siendo ahora el encargado de los negocios de Rothsattel. Ha sufrido mucho durante algunos meses. El verse obligado á abandonar la compañía de su principal y de la casa le ha causado amargas sensaciones.

En los últimos tiempos Antonio estaba aislado; entre sus colegas nadie había continuado manifestándole afecto más que el pacífico Baumann: todos los demás dependientes le miraban como un hombre perdido. El negociante se despidió de él con una frialdad glacial, y en el momento mismo de la partida, la mano del principal permaneció como inanimada entre las suyas.

Desde el día en que salió de la casa de comercio, Antonio había hecho algunos viajes por cuenta de la familia de Rothsattel; se había trasladado á la capital y había visitado á varios acreedores. Ahora debe, con ayuda de Carlos, cuyo concurso se ha procurado, organizar la administración de la nueva propiedad.

En la época de la venta y en virtud de poder, Ehrenthal se había hecho adjudicar las tierras y había admitido al servicio del baron al antiguo mayordomo polaco.

La entrega del dominio se había verificado con muy poco orden, y era público en Rosmin que el mayordomo había verificado después varias ventas y cometido muchos fraudes. Antonio no veía pues delante de sí una perspectiva de días tranquilos.

— Hé aquí el momento de desempeñar mi comisión, exclamó Carlos metiendo las manos en la paja que había dentro del coche.

Sacó una gran caja de hoja de lata, que fué á depositar á los pies de Antonio.

— Aquí tenéis lo que la señorita Sabina me ha entregado para vos.

Quitó la tapa con gran satisfacción y sacó todo lo indispensable para un abundante almuerzo, una botella de vino y una copa de plata.

Antonio cogió la caja.

— Está dispuesta muy ingeniosamente, dijo Carlos, según el plan indicado por la señorita Sabina.

Antonio examinó la caja por todos lados y la colocó con cuidado sobre la yerba: luego cogió la copa y vió su cifra esculpida en ella con estas palabras: ¡A tu salud! Esta vista le hizo olvidar el almuerzo y cuanto le rodeaba. Abismado en sus reflexiones, permaneció con la mirada fija en la copa.

— No olvideis el desayuno, señor plenipotenciario general, dijo Carlos.

— Siéntate á mi lado, dijo Antonio, come y bebe conmigo, y pierde la costumbre de tus ridículos cumplimientos. Tendremos poco, pero todo cuanto adquiramos nos lo repartiremos como hermanos. Si no tienes vaso, bebe en la botella.

— Aquí tengo uno de cuero, dijo Carlos sacando de su bolsillo un frasco. Lo que me habeis dicho en este momento os ha salido del corazón y os doy gracias por ello. Pero es necesario mostrar subordinación, aunque no sea más que para cubrir las apariencias, y si el señor plenipotenciario me lo permite, le estrecharé primero la mano cordialmente y luego volveré todo á su antiguo ser. Mirad los caballos, señor Antonio. ¡Voto á cribas! ¿no veis cómo comen cardos silvestres?

Engancharon en seguida los caballos, que pusieron nuevamente en movimiento sus cortas piernas, galopando por la árida campiña. Después de haber atravesado una llanura inculta, un bosque de pinos desmirriados y bajas colinas areniscas que se elevaban como montecillos en un desierto pantanoso y en terreno casi estéril, pasaron un riachuelo atravesando un puente carcomido.

— Hé aquí el dominio, dijo el cochero volviéndose y señalando con el látigo cierto número de chozas negras y ahumadas que se presentaban á la vista.

Antonio se puso en pie buscando la espesura de árboles que rodea ordinariamente una casa solariega y no descubrió el menor vestigio. Al rededor de la aldea no vió nada de lo que ornaba las cabañas más pobres de su país: ningún árbol frutal detrás de las granjas, ni jardines, ni cercados, ni tilos en la plaza del pueblo. No había más que chozas sucias, miserables y uniformes, al lado unas de otras.

— Es muy triste esto, dijo Antonio suspirando al sentarse nuevamente, es mucho más pobre de lo que nos habían dicho en Rosmin.

— El pueblecillo tiene trazas de estar encantado, dijo Carlos. No se ven en los campos ni vacas, ni cabras, ni atalajes. Es muy probable que aquí apacenten los ganados en los establos.

El cochero pegó á los caballos y estos marchando á un galope irregular atravesaron la aldea y fueron á parar delante del meson. Carlos saltó del carruaje, abrió la puerta y llamó al mesonero. Un judío se levantó lentamente de su silla, colocada cerca del hogar y salió á la puerta.

— ¿Ha llegado el gendarme de Rosmin? preguntó Antonio.

— Ha ido al pueblo, le contestaron.

— ¿Cuál es el camino del castillo?

El mesonero, hombre de alguna edad, de fisonomía inteligente, indicó el camino en alemán y en polaco permaneciendo delante de la puerta absorto (según suponía Carlos) por la vista de los dos extranjeros. El carruaje emprendió un camino de travesía guarnecido por ambos lados de grandes troncos de árboles derribados, rodando á través de surcos y de charcos de agua por encima de pedruscos, y se detuvo enfrente de algunas cabañas, donde se veían todavía los restos de su revestimiento de yeso.

— Las granjas y las cuadras están vacías, exclamó Carlos, porque se ven en los techos de ellas aberturas por las que podría pasar nuestro coche.

Antonio no dijo una palabra porque estaba preparado á todo. Atravesando la brecha abierta en una cerca levantada delante de las cuadras, nuestros viajeros llegaron al patio de la granja, plaza grande de forma irregular, rodeada por tres de sus lados de edificios destaralados; el cuarto estaba abierto y daba al campo. Se veían allí las paredes de una granja arruinada, restos de tejas y vigas podridas. El patio estaba completamente vacío, y no había en él aperos de labranza, ni señal alguna de la humana actividad.

— ¿Dónde está la habitación del administrador? preguntó Antonio sorprendido.

El cochero, después de haber buscado en derredor suyo, se decidió al fin indicando un pequeño edificio de planta baja, cuyo techo era de bálago, y donde la luz del día no penetraba más que por unos pequeños ventanillos sucios.

Al ruido del coche, apareció un hombre en el umbral y aguardó con la mayor flemma que los viajeros se apearan y estuviesen en su presencia. Era este un personaje de anchas espaldas, con el rostro hinchado y encendido por el uso immoderado del aguardiente; llevaba un sayo de paño de pelo largo; detrás de él, un perro también de largas lanas sacó su hocico por la puerta ladrando á los viajeros.

— ¿Sois vos el administrador de esta posesión? preguntó Antonio.

— Sí, yo soy, contestó el hombrecillo rechoncho en mal alemán, sin moverse de su sitio.

— Y yo soy el apoderado del nuevo propietario, dijo Antonio.

— Todo eso á mí nada me importa, contestó el hombre velludo con grosería; y retrocediendo volvió á entrar en su habitación y la cerró por dentro.

Antonio estaba exasperado.

— Rompe la ventana y ayúdame á coger á ese pica-ro, dijo á su compañero.

Este cogió con sangre fría un tronco, golpeó con fuerza los ventanillos hasta que el carcomido postigo cayó dentro de la habitación con estrépito, y de un salto entró por la brecha. Antonio le siguió, pero encontraron el aposento vacío; había allí una ventana que daba al campo. Nuestro hombre se había fugado.

— He entrado por una ventana y salgo por otra, absolutamente como el diablo, gritó Carlos corriendo en persecución del fugitivo.

Antonio volvió atrás y reconoció la casita. Oyó ladrar al perro y vió á Carlos que se arrojaba sobre el administrador y le sujetaba por el cuello. Antonio corrió en auxilio de su compañero y detuvo al desertor, mientras Carlos con un puntapié lanzaba lejos al perro, que aullaba de rabia. Los dos volvieron á conducir á la casita al administrador que gritaba y forcejaba.

— Ve al meson á buscar al gendarme y al mesonero, dijo Antonio al cochero, que sin ocuparse de lo que ocurría había descargado el equipaje.

El cochero partió con mucha calma. El fugitivo fué conducido á un aposento y Carlos le ató las manos á la espalda.

— Excusadme, señor administrador, dijo; esta sujeción no es más que momentánea, hasta que llegue el gendarme de Rosmin á quien hemos hecho llamar.

Entre tanto Antonio examinó el interior de la habitación. A excepción de la cama y de los muebles más indispensables, no encontró allí nada, ni libros, ni notas, ni memorias. No había duda ninguna de que todo se lo habían llevado ya. Del bolsillo del sayo del prisionero salía un paquete de papeles que Antonio le quitó á la fuerza. Eran estos papeles escrituras y contratos en polaco. Entre tanto volvió el cochero con el mesonero y el dependiente de policía. El mesonero se mantuvo con cierto embarazo en el dintel de la puerta, mientras Antonio explicaba brevemente el negocio al gendarme.

— Presentad una demanda al tribunal, dijo el dependiente de la policía, y dejadme llevar al instante conmigo á este hombre. Le conduciré á Rosmin en vuestro mismo carruaje. Hareis bien en desembarazaros de él lo más pronto posible, porque el país no ofrece seguridad, y estará mejor guardado en Rosmin que aquí, donde tiene amigos y cómplices.

Después de mucho buscar, llevaron del meson un pliego de papel. Antonio redactó la demanda, y siguiendo la opinión del gendarme, que había examinado las escrituras y documentos polacos moviendo la cabeza, unió estos papeles á su petición. El prisionero fué trasladado al coche, el gendarme se sentó á su lado y dijo todavía á Antonio antes de partir:

— Hacia ya mucho tiempo que preveía que esto terminaría así. Durante algunos días más de una vez tendreis que reclamar mi auxilio.

El coche salió del patio, y la toma de posesión del dominio por Antonio quedaba de este modo efectuada. Se encontraba como en una isla desierta. Su baul de cuero y todo el equipaje estaban al aire libre, arrimados á una pared de tierra gredosa. El mesonero del villorio polaco era el único que podía darle algunas noticias y prestarle auxilio en su enojosa posición.

Cuando se hubieron llevado al administrador, se desató la lengua del mesonero, mostró buena voluntad y ofreció humildemente todos los servicios posibles. Se entabló una larga conversación, y el resultado fué poco más ó menos el que Antonio debía haberse figurado después de haber oído la opinión del comisario de justicia de Walther y de los empleados de Rosmin. En las últimas semanas, el administrador se había esforzado en destruir todo lo posible los bienes, habiendo adquirido la seguridad, por un rumor esparcido en la ciudad, de que el nuevo propietario no tomaría posesión de las tierras.

Al fin Antonio terminó su conversación con el mesonero pronunciando estas palabras:

— El desleal administrador tendrá que rendir cuenta de todo lo que ha sustraído. Nuestro primer cuidado debe ser asegurarnos de todo lo que se encuentra todavía en este dominio. Hoy nos servireis de guía.

Empezaron por visitar el desierto corral de la granja. El inventario no fué muy largo. Había cuatro caballos y dos criados que habían ido al bosque, algunos arados, varios trillos, dos carretas de ruedas, un carruaje llamado *britschka*, un sótano lleno de patatas y algunas fanegas de avena. Todos los edificios se hallaban en muy mal estado y casi derruidos, no por su antigüedad, sino por la negligencia de los habitantes, que durante algunos años habían dejado á los elementos ejercer tranquilamente en ellos su acción destructora.

— ¿Dónde está el castillo? preguntó Antonio.

El mesonero condujo á Antonio á un gran campo que se extendía formando pendiente hasta un riachuelo. Las ovejas y los bueyes habían hecho en él grandes hoyos; los cerdos habían hozado la tierra, y se encontraban en todas partes negras topineras y anchas mazorcas de yerbas. El mesonero tendió la mano y dijo:

— Ahí está el castillo. Su fama se extiende hasta muy lejos, añadió en tono de admiración. En todo el contorno no hay un solo señor que tenga un castillo de piedra como este. Los hidalgos de este país habitan todos en castillos contruidos con tierra y madera. El más rico propietario, el de Tarow, no tiene más que una choza de un cuerpo.

A una distancia de cerca de trescientos pasos de la última granja había un grande edificio de ladrillo encarnado con techo de pizarra y una gran torre redonda. Este sombrío edificio se elevaba tristemente en medio

del prado inculto y sin árboles, bajo un cielo gris y nebuloso, como una ciudadela de espectros que el genio del mal hubiese hecho salir de las entrañas de la tierra destruyendo en derredor suyo toda fertilidad y vida.

Antonio se adelantó hacia el castillo acompañado por su guía. El edificio se había convertido en ruinas antes de que los albañiles y los demás obreros hubieran terminado su construcción. Desde tiempo inmemorial se veía allí aquella disforme torre, construida con los productos del campo y guarnecida de ventanillas en forma de aspilleras.

Desde lo alto de aquella torre, los antiguos propietarios del dominio habían mirado las copas de los árboles que se extendían todavía a lo largo de la llanura; como dueños rígidos, habían maltratado a los siervos que a sus pies cultivaban la tierra y trabajaban muriendo por ellos. Mas de un dardo sármata había sido lanzado desde las aspilleras sobre los acometedores, y mas de un caballo tártaro había retrocedido ante aquellas formidables murallas.

Antiguamente, un déspota del país, para expiar sus pecados, había hecho levantar enteramente pegadas a la torre gris, las paredes de un convento; este jamás había llegado a la conclusión, permaneciendo largo tiempo aquellas paredes sin abrigar moradores, hasta que el difunto conde Zaminsky las habilitó para habitación señorial para él y su familia, y quiso levantar un magnífico castillo que no tuviera igual en todo el contorno.

La torre formaba parte de la fachada del edificio, del cual cortaba la línea recta por un saledizo en forma de hemicírculo: dos alas de la nueva construcción daban al río.

Habían tenido intención de levantar una gradería delante del castillo; la entrada principal estaba ya abierta y la bóveda construida, pero la gradería continuaba todavía en proyecto, y el umbral de la puerta, que estaba sin acabar, se hallaba tan alto, que no se podía llegar a él sin auxilio de una escala. En la grande abertura practicada en el centro de la torre no había puerta.

En lugar de las ventanas de la planta baja no se veía en el muro mas que agujeros mal cerrados con tablas. En el primer piso había algunas ventanas con hermosos marcos de madera torneada, pero todos los cristales estaban rotos. En otros habían colocado provisionalmente algunos malos marcos de madera blanca con vidrios sucios y pequeños.

Encima de las almenas de la torre estaba encaramada una bandada de chovas que examinaban admiradas a los dos extranjeros; algunas veces uno de aquellos grajos abandonaba su puesto dando gritos espantosos, y yéndose a colocar un poco mas lejos observaba de nuevo con disgusto a los molestos huéspedes.

— Esta habitación es a propósito para los grajos y las ardillas, pero no para personas, exclamó Antonio. Yo no veo todavía por dónde puede entrarse en esa guarida de sabandijas.

El mesonero condujo a Antonio al otro lado del edificio. En la parte trasera, donde dos alas presentaban la forma de una herradura, había puertas que daban entrada a las habitaciones de la planta baja y a las bodegas, habiendo en dicha parte del edificio cuerdas, grandes cocinas abovedadas y celdillas para los siervos encargados del servicio.

Desde la pradera se subía, por medio de algunos escalones de madera, a la planta baja. La puerta giró sobre sus goznes: un corredor condujo a Antonio, por las alas laterales, a las piezas de la parte principal del edificio. Allí todo tenía grandes proporciones y estaba dispuesto para decorarse ricamente.

El vestíbulo formando círculo bajo la bóveda de la antigua torre, tenía el pavimento de mosaico de mármol de varios colores. Por la grande abertura de la puerta se veía el campo. Una escalera tan ancha como la de un castillo real conducía al piso principal.

Aquí se encontraba otro vestíbulo cimbrado, con ventanitas, que constituía el segundo piso de la torre, y a los dos lados había largas hileras de cuartos. Por todas partes se veían habitaciones elevadas, oscuras, con puertas de doble hoja de madera de encina maciza y paredes blanqueadas con cal; los techos estaban contruidos con gruesos troncos de pino unidos entre sí como los cuadretes de un tablero de damas.

En algunas habitaciones había inmensas estufas de ladrillo pintadas de verde, y en otras no había ninguna; en ciertas piezas el pavimento estaba enladrillado con gusto, mientras en otras aquel era de madera de abeto llena de nudos. En un soberbio salón, en el que había dos enormes chimeneas, cuyas bocas tenían un metro, había un miserable entarimado formado con planchas de madera vieja.

El castillo, según la apariencia, parecía que se había construido para la corte de un bárbaro rey del Asia. Debía haber habido en él tapicerías y damascos de Francia, preciosas ensambladuras y esculturas de Inglaterra, plata maciza extraída de las minas de Alemania para uso de un soberbio señor y de numerosos huéspedes; y un inmenso número de lacayos y siervos debían haber llenado los vestíbulos y las antecámaras.

El fundador del castillo había tenido presente sin duda la opulenta existencia de sus bárbaros antepasados. Había hecho cortar centenares de árboles de sus bosques, y sus siervos habían amasado millares de ladrillos con sus pies y manos; pero el tiempo inexorable le había opuesto su veto, y ninguna de las gigantescas creaciones de su imaginación llegó a verse realizada.

El mismo había muerto durante la construcción del castillo, y su hijo, nacido en el extranjero, había apre-

surado con sus inmoderados gastos la ruina de su herencia. En el día los muros del castillo eslavo estaban en pie, pero no tenían puertas ni ventanas. Ningun amigo había sido recibido bajo el techo hospitalario.

Únicamente los pájaros y las aves de rapiña entraban y salían, y la mara se deslizaba furtivamente por encima de los postes derribados. No quedaban ya mas que paredes tristes que amenaban venirse al suelo, cayendo como la raza que había reinado allí en otro tiempo.

Antonio pasaba rápidamente de un aposento a otro, buscando en vano una habitación en que pudiera hacerse la ilusión de ver instaladas a las dos señoras para quienes esta morada era el último refugio. Abrió todas las puertas una tras otra, subió y bajó escaleras que crujían bajo sus plantas, espantó a los pájaros que habían entrado por todas las aberturas y estaban todavía posados en los nidos que habían hecho el verano anterior; pero en ninguna parte vio mas que aposentos inhabitables, cuyas paredes estaban desnudas, deterioradas y llenas de grietas, con puertas que no cerraban y ventanas destartadas.

El gran salón había sido convertido en almacén de avena; algunas piezas del piso superior podían haber servido en algun modo de alojamiento si no se hallaran en tan mal estado, consistiendo todo el mueblaje en algunas malas sillas y en una mesa rústica.

Finalmente, Antonio subió la escalera de la torre y se detuvo en la plataforma, dirigió su mirada hacia la parte exterior y la extendió a lo lejos en la campiña.

A su derecha veía el sol poniente, en medio espesas nubes grises y detrás sombríos bosques de pinos; a la izquierda estaba el cuadro irregular del patio de la granja, detrás el camino real en toda su extensión y las miserables chozas de la aldea, y en el fondo el riachuelo que corría a través de un prado: al rededor de las praderas y de los campos donde pacían los ganados, no había mas que terrenos incultos, cubiertos de malas yerbas, viéndose apenas levantadas algunas glebas de un tinte mas oscuro que indicaba un principio de cultivo.

En varios puntos se veían perales silvestres de corpulento tronco y alta copa, a que tanto apego tienen los agricultores polacos. Debajo de cada uno de aquellos árboles había grandes matas de yerbas que ostentaban los variados colores del follaje caído de ellos. Únicamente interrumpían la uniformidad de la llanura los citados árboles, asilo de sinnúmero de pájaros; a la extremidad del horizonte detrás de las praderas y los campos y de los amarillentos arenales, la vista tenía su límite en los inmensos bosques de pinos.

El cielo era gris, el suelo tenía un color opaco, los árboles y los zarzales que bordeaban el río no tenían hoja, y la selva con sus curvas y sus ángulos parecía una muralla que separaba aquel rincón de tierra del resto del mundo y de todos los goces de la vida de los países civilizados.

Antonio tenía el corazón oprimido.

— ¡Pobre Leonor! ¡Pobres gentes! decía suspirando y juntando tristemente las manos. Todo esto es horrible, pero se puede remediar algo. Con ingenio y dinero nada hay imposible. Se puede terminar la construcción de la casa y adornarla sin gran dispendio. Con tapices, cortinajes y algunos centenares de varas de listones dorados, el tapicero y el pintor trasformarán esta antigua morada en un hermoso castillo. Será fácil nivelar el terreno de todo el rededor, sembrar césped, plantar detrás algunos bosquecillos y ocultar la vista de las chozas con el espeso follaje de algunos corpulentos árboles; y si el sentimiento de la fuerza y la actividad penetrara en seguida en la casa, esta campiña tan desierta y que hoy presenta un aspecto tan triste, podría también en poco tiempo adquirir una fisonomía risueña. Para ello no se necesita mas que dinero, energía y una ordenada administración. Pero ¿cómo conseguirá todo esto el barón? Para realzar y embellecer este castillo, es necesaria una vida activa, mientras el barón se encuentra enteramente inutilizado. Para conseguir el objeto no se puede contar con otros recursos que los beneficios que darán estas tierras a su propietario, en tanto que serían necesarios millares de escudos para asentar en medio de este desorden la base de una nueva existencia, y se pasarán algunos años antes de que los productos superen a los gastos de entretenimiento ó a los exiguos intereses del capital empleado.

Entre tanto, Carlos como inteligente examinaba dos cuartos del piso principal.

— Estos dos cuartos me agradan mas que todos los otros que he visto, le dijo al posadero. Tienen las paredes blanqueadas, entarimado, chimenea, y hasta ventanas. Los vidrios están en verdad algo rotos, pero hasta que venga el vidriero se podrán suplir con grandes pliegos de papel. Aquí establecemos nuestro cuartel general. ¿Podréis proporcionarme alguien que sepa manejar la escoba y el estropajo? Decis que sí; pues bien, esto me satisface; procuradme la adquisición de algunos pliegos de papel de gran tamaño, que yo ya tengo un cazo para derretir cola. Vamos al instante a buscar leña, calentará la chimenea, haré cocer un poco de cola y taparé las aberturas con papel. Ante todo, ayudadme a subir aquí nuestros equipajes. Vamos, pronto, manos a la obra.

Animó con su ejemplo al posadero y subieron los equipajes al aposento. Carlos abrió una caja llena de toda clase de útiles y de herramientas, y aquel fué a su casa en busca de la sirvienta.

Entre tanto algunos jinetes ricamente ataviados, que tenían el aire de personajes de importancia, llegaban a todo escape por el camino real hacia el lado de la granja y se detuvieron delante de la casa del administrador.

Uno de ellos se apeó y llamó con fuerza a la puerta, que estaba cerrada. Antonio llamó a su compañero. Carlos acudió corriendo por el prado a la presencia del forastero. Los jinetes avanzaron a galope.

— Buenos dios, dijo uno de ellos en alemán bastante correcto. ¿Está en casa el administrador?

— ¿Dónde está el que cuida de esta hacienda? ¿dónde está Bratzky? gritaron los demás, tan impacientes como sus caballos, a los que refrenaban con gran trabajo.

— Si haceis referencia al antiguo administrador de esta propiedad, contestó Carlos secamente, aunque no le encontréis aquí, no hay miedo que se os escape.

— ¿Qué quereis decir con eso? preguntó el primer jinete acercándose a Carlos. Os ruego que os expliquéis con mas claridad.

— Si deseais ver a M. Bratzky, tendreis que tomaros la pena de ir a la ciudad. Está preso.

— ¡Preso! ¿y por qué?

— Preguntádselo a mi señor, contestó Carlos mostrando la puerta de la torre por la que acababa de salir Antonio.

— ¿Tengo el gusto de hablar con el nuevo propietario de este dominio? preguntó uno de los jinetes acercándose a la torre y quitándose el sombrero.

Antonio dirigió con sorpresa sus miradas hacia el extranjero. La voz y la figura le recordaban cierto caballero de guante blanco, que en una crítica circunstancia había mostrado un celo poco amable por someterle a un consejo de guerra.

— Soy el representante del señor barón de Rothsattel, contestó.

El caballo del interlocutor dió un salto hacia atrás. El caballero se desvió con presteza y dijo algunas palabras a sus compañeros.

En seguida un hombre de alguna edad y de mirada astuta dijo:

— Deseamos hablar al antiguo administrador del dominio respecto a asuntos particulares. Acaban de decirnos que se halla preso y os rogamos que tengais la bondad de decirnos el motivo.

— Ha querido sustraerse, apelando a la fuga, a la obligación de darme posesión de estas tierras, y se sospecha que se ha hecho culpable de malversación de intereses.

— ¿Ha sido secuestrado también su equipaje? preguntó nuevamente el forastero.

— ¿Por qué me haceis esa pregunta? dijo Antonio.

— Perdonad, repuso el jinete, pero ese hombre tenía casualmente en su poder algunos documentos que me pertenecen, y podría encontrarme en una situación comprometida, si me hallara en la imposibilidad de hacer uso de mis papeles.

— Sus efectos han sido remitidos a la ciudad al mismo tiempo que su persona, contestó Antonio.

Los caballos se arremolinaron y se entabló entre los jinetes una animada conversacion en voz baja. Inmediatamente despues los extranjeros hicieron un ligero saludo y partieron a escape. Cuando llegaron a la aldea se detuvieron un momento delante del meson y desaparecieron al fin por el camino real detrás del bosque.

— ¿Qué querian esos caballeros, señor Wohlfart? preguntó Carlos. Esta visita parece algo sospechosa.

— En efecto, contestó Antonio, esto me causa extrañeza. A no equivocarme, he visto a uno de esos señores en traje enteramente distinto. Es probable que ese Bratzky haya sabido hacerse amigos valiéndose de toda clase de tretas y enredos.

La noche empezaba a cubrir con su sombrío velo el castillo y la selva. Los criados regresaron del bosque con los caballos. Carlos los condujo a la presencia de Antonio, les dirigió algunas palabras en polaco y los recibió al servicio del nuevo señor.

En seguida el mesonero volvió con agua y leña y dijo a Antonio:

— Yo aconsejaría a mi señor que esta noche estuviera algo vigilante. Los aldeanos están en el meson perorando sobre vuestra venida, y hay entre ellos algunos bribones. No me causaría extrañeza que uno de esos miserables viniera por la noche a prender fuego a la paja y a incendiar la granja.

— En cuanto a mí, estoy seguro que nadie se atreverá a hacerlo, dijo Carlos poniendo un tronco en la chimenea. Sopla precisamente un viento magnífico del lado de la aldea, y nadie será bastante loco para prender fuego él mismo a su granja llena de forraje. Tendremos mucho cuidado, mientras permanecemos aquí, de que sople siempre el mismo viento del Oeste. Decid-selo a esas gentes. ¿Me habeis traído las dos patatas?

Antonio recomendó al mesonero que volviera al día siguiente, y los dos compañeros quedaron solos en el desierto edificio.

— No hay que inquietarse mucho por esas amenazas de incendio, señor Wohlfart, continuó Carlos; esa es la costumbre de los hombres embriagados de todos los países del mundo. Y en definitiva... salvo vuestro respeto... esa no fuera todavía una gran pérdida... Ahora, señor Antonio, que estamos solos y no vemos casi nada de esa horrible existencia polaca, podemos estar a nuestra satisfacción.

— Tienes razon, dijo Antonio arrastrando un escabel cerca de la chimenea.

La leña crujía, la llama pretendía al parecer tender sobre el pavimento un tapiz de fuego y trazaba líneas luminosas y sombras por toda la habitación.

— El calor causa buen efecto, dijo Antonio, pero ¿no apercibes qué humo?

— Sin duda, contestó Carlos, ocupado delante de la

chimenea en hacer con su cuchillo grandes agujeros redondos en las patatas. Las mejores chimeneas son las que despiden mas humo al principio del invierno, hasta que han recobrado el completo uso de sus funciones, y esta gran cabeza verde tal vez no ha visto fuego durante una generacion entera. Necesita mucho tiempo antes de engullir bien el humo. Tened la bondad de cortar un pedazo de pan y tapar esta rendija. Yo entre tanto fabricaré nuestros candelabros.

Sacó un gran paquete de velas y colocó una en cada patata y las puso encima de la mesa.

En seguida volvió á aparecer la caja de hoja de lata. — Esta provision es inagotable, dijo; con ella tendremos para comer hasta pasado mañana.

— Seguramente, dijo Antonio gozoso. Tengo un apetito atroz. Ahora es menester que pensemos en arreglar nuestro menaje. Los utensilios de que no podemos prescindir absolutamente, iremos al pueblo á buscarlos, y para no olvidar nada voy á formar una lista de ellos.

Apaguemos una luz, porque es necesario ser económicos.

La noche se pasó tranquila, adoptando sábias disposiciones. Cárlos reconoció que podria con algunas cajas y planchas de madera construir en pocas horas la mayor parte de los muebles necesarios. Las risotadas de los dos compañeros resonaron mas de una vez bajo el techo de la casa del *staroste* polaco. Al fin Antonio fué de opinion que era ya hora de entregarse al descanso. Se arreglaron un lecho de paja y heno, abrieron sus maletas y sacaron de ellas las almohadas y cobertores. Cárlos sacó de una caja un candado y lo puso en la puerta de la habitacion; luego examinó la carga de su carabina, y tomando el improvisado candelero, dijo haciendo un saludo militar:

— ¿A qué hora quiere que le despierte mañana por la mañana el señor plenipotenciario general?

— Eres un buen muchacho, exclamó Antonio tendiendo la mano á Cárlos por encima del cubrecama.

Este entró en un gabinete vecino que habia elegido para su habitacion. Poco tiempo despues, las dos luces se apagaron; este era el primer resplandor que vino á dar nueva vida á la desierta morada.

Los diablillos familiares de la casa chacharearon todavía largo rato encima del fuego que ardia en el hogar. Sorprendidos al ver la presencia y actividad de los dos extranjeros, murmuraron al rededor de la chimenea y llamaron al mismo tiempo á todas las puertas y ventanas. Finalmente se acurrucaron en un rincon de la antigua torre y empezaron á discutir entre sí, si la llama que habia alumbrado aquella noche continuaria ardiendo, y si verian cada dia esparcirse un alegre resplandor por los prados, los campos y las selvas.

Mientras se entretenian en preguntarse si el nuevo orden de cosas tendria bastante fuerza para consolidarse, el humo ahuyentó á los murciélagos refugiados en la chimenea, y les hizo dar vueltas medio dormidos al rededor de las almenas de la torre. Los buhos que ani-



PARIS. — Los suscritores al empréstito de 429 millones en el ministerio de Hacienda. — (Véase la *Revista de Paris* del número 815.)

daban en las aberturas del muro sacudieron su gran cabeza y deploraron la venida de los nuevos dueños.

II.

El que ha marchado siempre por las vias regulares consagradas por el tiempo, la costumbre, el orden y la ley establecidas en un país despues de muchos siglos, de generacion en generacion, y que se encuentra trasportado de repente solo á un país extranjero, donde la ley es impotente para asegurarle el ejercicio de sus derechos, y donde se ve obligado en cierto modo á conquistar cada dia con su propia fuerza la facultad de vivir, este reconoce todo lo sagrado de los indisolubles lazos que forman al rededor de cada individuo millares de hombres sumisos como él á las leyes comunes de la familia y del Estado.

En este caso el hombre está expuesto á ganar ó perder, y de todos modos sufrirá una trasformacion. Si es débil, sacrificará su propia existencia á la arbitraria voluntad del que domine en el círculo de que entre á

formar parte; pero si tiene bastante energía para ser hombre, lo será entonces. Su alma se adherirá mucho mas á los bienes en cuya posesion se ha criado, y tal vez se aferrará mas á los principios que han sido la base de su educacion.

Estimará entonces como un bien supremo lo que otras veces habia mirado con indiferencia, el aire y el sol. Solo en país extranjero se aprecia debidamente el encanto del dialecto nacional, y con frecuencia lejos del país natal, es cuando se aprende á sentir el verdadero amor patrio.

De esta manera le estaba reservado á Antonio sentir de lo que era capaz y convencerse de lo que le faltaba todavía para cumplir con la mision de que estaba encargado.

Al dia siguiente empezó á visitar las tierras. La propiedad se componia del dominio principal y de las dependencias. Solo la mitad de las tierras eran laborables, una pequeña parte era prado, todo el resto estaba cubierto por un vasto bosque, cuyo lindero estaba rodeado de estériles terrenos areniscos.

El castillo y la aldea se encontraban situados en una gran clara en medio del bosque. Habia dos dependencias situadas en opuestos lados, al Este y al Oeste, ocultas por grandes espesuras de árboles. Una tercera dependencia estaba enteramente separada del dominio por el bosque; adosada á otra aldea polaca, tenia una granja particular y estaba considerada hacia mucho tiempo como una propiedad independiente.

Comprendia esta mas de una cuarta parte de las tierras, habia en ella una fábrica de aguardiente y hacia algunos años que estaba arrendada por un licorista acomodado. El arrendamiento habia sido contratado con Ehrental; el precio del mismo era muy módico y mas bien ventajoso para el arrendador que para el propietario. Sin embargo, este contrato era en la actualidad un gran recurso para el dueño del dominio, porque ofrecia al menos un producto seguro. El devastado bosque estaba encargado á la vigilancia de un guarda.

(Se continuará.)